AÑO XXVI. — Nº 1280.

EL DIA

MONTEVIDEO, JULIO 28 DE 1957

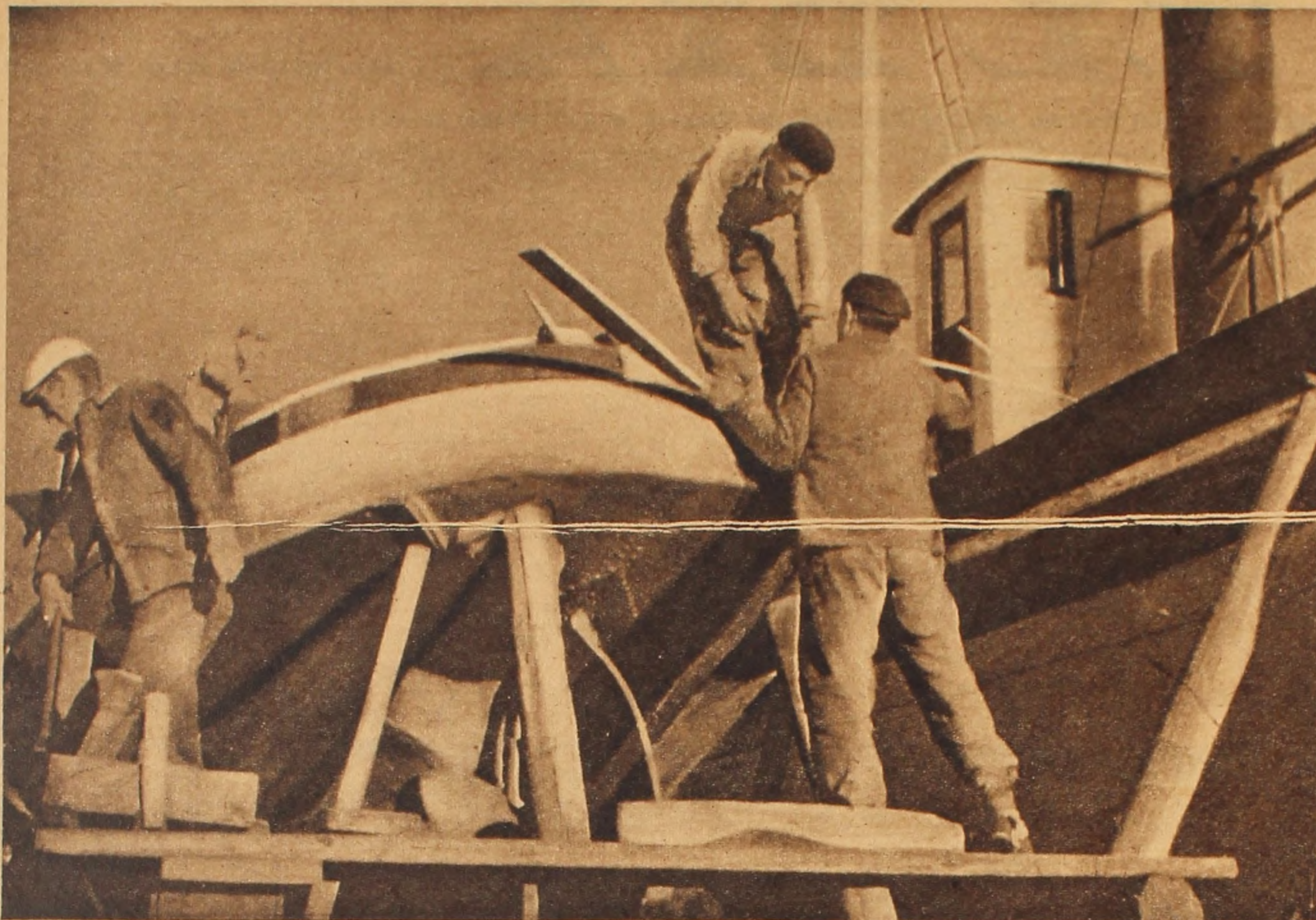
Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



DONACION DE UN KIOSCO POLICIAL

(Fotografía Juan Caruso)

En la ciudad de Las Piedras se efectuó el acto de entrega al Ministerio del Interior, de un kiosco policial costeado y donado por el vecindario, instalado en el Parque Artigas, frente al Obelisco, realizándose una sencilla ceremonia no exenta de emoción por la presencia de los niños escolares.



En el astillero de Paysandú los descendientes de los balandreros genoveses continúan en la tarea portuaria. Pero es en las industrias donde hoy se encuentra la herencia de aquellos primitivos y empeñosos navegantes. (Foto Scarabello).

que se agruparon en las orillas del río en busca de sociabilidad invernal. El ritmo sanducero es febril y fabril; el salteño es remansado, lento, señorial, y se cumple en medio de una cintura de naranjales nobles. Paysandú es así una ciudad de empresa; Salto, una ciudad de ocio vicario, de fortunas seguras y fiestas deslumbrantes."

"El conflicto que entonces afloró entre los hombres de alpargata y los aristócratas de las casonas espaciosas y tranquilas no fue geográfico sino clasista. El sanducero miraba con resentimiento al señor salteño, altivo y elegante; el salteño desdeñaba la sudorosa faena del sanducero, siempre arremangado, incansable en su inventiva comercial, enemigo de la etiqueta mundana.

"Paysandú tiene en su trasfondo genovés el empuje pretérito de los balandreros, el tesón ahorrista de los artesanos, el afán de lucro de los que vienen a "hacer la América" y en América se quedan, atados por el amor y los hijos. De los antepasados vascos — mis antepasados, que de vascos y criollos sanduceros es mi campesina estirpe — conserva el patriarcalismo rural, el ademán franco y rudo, la sencillez laboriosa, el empecinamiento implacable."

Con toda intención he dilatado la transcripción precedente. Confirmo así conceptos ya vertidos y corroboro, por lo menos íntimamente, las razones de un antiguo conflicto dentro de la sociabilidad litoral uruguaya. Pero, sobre todo, destaco el papel de los genoveses marineros y comerciantes en mi ciudad natal.

LOS LOMBARDOS Y PIAMONTESES

Los agricultores lombardos y piamonteses que vinieron al Río de la Plata formaron las ínsulas agrarias de tierra adentro y el perfumado cinturón de las "quintas" de riego, que abastecían de hortalizas a las carnívoras ciudades republicanas. Y digo republicanas porque en la época colonial la agricultura española suburbana era floreciente; luego el turbión revolucionario se encargó de borrar aquellos verdes oasis que estrechaban a las murallas con sus tiernos brazos vegetales.

El italiano quintero, el vendedor de frutas, papas "e verdorita" que irrumpía en las calles urbanas con su carro colmado de coliflores, lechugas, alcahuciles, espinacas, manzanas lustrosas y naranjas doradas, provenientes de las zonas periféricas de Montevideo, de Buenos Aires, de Rosario, etc. tiene su réplica campesina en el agricultor extensivo, el sembrador de trigo, el plantador de montes de árboles maderables, el desbravador del antiguo ruedo ganadero. Este agricultor italiano fue juzgado en el último cuarto del siglo pasado por Arsenio Lermitte, un calificado estudioso de los problemas rurales uruguayos, al establecer un paralelo, que por aquel tiempo fluía de la simple comparación, entre los labradores tradicionales y los llegados con las nuevas inmigraciones. Los agricultores existentes en el Uruguay, escribía Lermitte, pueden dividirse, sin temor de forzar los términos, en dos clases.

La primera clase, la obsecuente de métodos vetustos, está representada de modo principal por los canarios. Estos agricultores no se preocupan por ahondar el surco; quince centímetros son para ellos suficiente y los bueyes realizan casi al galope la liviana faena. Por cada doce cuadras que siembran de trigo emplean doce fanegas de semilla y recogen en total setenta y dos fanegas que a $ 3,00 la fanega representan un rendimiento anual de $ 216,00.

El tipo laboral representado por el canario, fuera de los monocultivos "al boleo", no conoce ni concibe otra actividad. Refugiado en sus "ranchos pelados", cumple su rutina con desesperante parsimonia para ganar cuanto antes la cocina tibia y milagrera.

En cambio la segunda clase de agricultores es emprendedora, capaz, ávida de novedades. La forman los italianos, los helvéticos, los vascos, y tiene primacía sobre los canarios por múltiples razones. Tanto los italianos como los suizos y los vascos han luchado por milenios contra la naturaleza, empujados por la necesidad de supervivencia y por la plétora demográfica. Esta gente llegó al Uruguay con una visión casi uterina de la resistencia del medio físico, de los raquíticos espacios fecundos, de los hormigueros humanos y de los agresivos paredones de las montañas que exigían transformar los talares en sembrados y terraplenar heroicamente las faldas pétreas con la honda tierra del valle. Y por eso desde temprano los suizos inauguraron las industrias caseras que corroboran la granja, los italianos sembraron frutales y fabricaron vino y los vascos buscaron los antepasados reductos de la estancia cimarrona para instalar allí sus lecherías.

RAICES ITALIANAS DE LA SOCIEDAD RIOPLATENSE

LOS ITALIANOS EN AMERICA

LOS italianos están unidos de modo íntimo al destino secreto y manifiesto del Nuevo Mundo. No en vano las Indias Occidentales fueron descubiertas por Colón, un marino genovés, y nominadas por Amérigo Vespucci, un geógrafo florentino. Tras la huella heroica del español y la mano dúctil del portugués se halla, primero vaga y luego claramente definida, la figura del italiano. Su contribución colonial no es cuantitativa sino cualitativa. Las ordenanzas españolas eran muy celosas y cerraban las nuevas tierras a las inmigraciones europeas. Sólo un permiso del rey, especialmente concedido, podía facultar la entrada de extranjeros. La unidad religiosa española y la necesidad de mantener limpios de quintas columnas los territorios ultramarinos dictaban estas severas medidas, que se rigorizaron aún más hacia el 1729. Pero ya por ese entonces había italianos en América.

Del Barco Centenera, en su poema "La Argentina", un pesado cronicón en octavas reales compuesto en el siglo XVI, cita a los italianos que por esos filosos tiempos se mezclaban con los conquistadores. Y en la fundación de Montevideo, hacia 1726, hay un italiano llamado Borghesi, cuyo nombre, españolizado, se perpetúa en la calle Burgues de nuestra capital.

El aluvión demográfico italiano, empero, se precipita recién en el siglo XIX. Roto el duro cerco de la xenofobia española, las jóvenes repúblicas solicitan brazos para cultivar los territorios vírgenes, para construir nuevas ciudades, para implantar industrias. Artigas, en pleno período revolucionario, postula antes que Alberdi la imprescindible necesidad de poblar estos desiertos. Y pese a los continuos sobresaltos políticos y a las cruentas guerras civiles, los italianos cruzan el Atlántico y vienen a las nuevas tierras, ya como *braccianti* estacionales con las inmigraciones tipo "golondrina", ya como pobladores definitivos.

Puede intentarse una clasificación laboral de aquellos emigrantes itálicos. Los genoveses son patrones de barco — *bacanes,* hombres de dinero — o simples marinos; los campesinos piamonteses y lombardos son quinteros, granjeros, viticultores y agricultores extensivos; los napolitanos son organilleros, vendedores de *pizza,* maniseros. Pero vamos a cada uno de los contingentes regionales para afinar el análisis.

LOS GENOVESES

El marino genovés aparece en el Río de la Plata con las famosas balandras. "Navegan las aguas del Plata los genoveses como patrones y tripulantes", escribe Sarmiento desde Montevideo. Pero no sólo son dueños de la navegación platense, sino que dominan en los ríos Paraná y Uruguay. Así lo apunta hacia 1860 Lina Beck Bernard, quien, en su libro *Cinco años en la Confederación Argentina,* comprueba que la yerba del Paraguay, la cal de la ciudad de Paraná y las naranjas de Santa Fe eran transportadas por barcos equipados con italianos y que los genoveses eran los más cotizados pilotos del Río de la Plata, del Paraná, del Uruguay y de sus afluentes navegables.

La tradición medioeval de la Génova navegante, que culminara con la hazaña colombina, se reeditaba en pequeña escala en los poderosos ríos de la cuenca del Plata, y los marinos mediterráneos iban dejando en los puertos que jalonaban las rutas el cálido tatuaje humano de sus familias, de su lenguaje, de sus costumbres.

Un ejemplo uruguayo de la influencia genovesa es la ciudad de Paysandú. Las cascadas del río impidieron que la navegación llegara regularmente hasta la ciudad de Salto, y Paysandú fue la etapa terminal forzosa de aquella marinera gente. Y cuando otro tipo de embarcaciones y el ferrocarril destronaron a las balandras, los genoveses sanduceros buscaron nuevos caminos en la industria y el comercio sedentario.

En mi *Geografía espiritual de Paysandú* he afirmado — y hoy lo reitero — que "la ciudad de Paysandú constituye un interesante caso de geografía urbana y sociología regional. Fundada por americanos en el siglo XVIII y poblada en el siglo XIX por emprendedoras inmigraciones de vascos y genoveses, los unos proyectados prontamente hacia el campo y los otros aferrados al filo portuario de la ciudad, tuvo desde un comienzo humilde prosapia y tenacidad distintiva". Y al interpretar la oposición tradicional entre sanduceros y salteños, agrego: "Cuando se examina la vieja rivalidad entre Salto y Paysandú a la simple luz de los conflictos de campanario, tan frecuentes entre las poblaciones de tierra adentro, se erra en las apreciaciones. Salto y Paysandú son ciudades conflictuales porque sus elementos humanos constitutivos son socialmente distintos.

"Paysandú es una ciudad formada y engrandecida por trabajadores pobres que pudieron con los años constituir una burguesía emprendedora. Salto es una ciudad de estancieros descendientes de terratenientes brasileños, de gentilhommes-campagnardes,



Vista de Montevideo tomada desde el campanario de la iglesia del Reducto en 1884. Quintas trabajadas por piamonteses y lombardos rodean la ciudad. (Litografía de A. Godel).

El canario pertenecía en cambio a la cruza de la gastada raza de los guanches con el español y era un rezago poco prolífico que languidecía en los roquedales de Lanzarote o la Gran Canaria. Otras eran sus costumbres, otra su sicología laboral y todo ello fue transplantado a nuestros paraísos del ocio ecuestre.

Los italianos, dice Lermitte en su informe, hundían la reja del arado hasta casi veinticinco centímetros en la tierra y sembraban doce cuadras con sólo nueve fanegas de semilla de trigo, para recoger en cambio ciento cuarenta y cuatro fanegas que a $ 3,00 cada una redondeaban $ 432,00 anuales de utilidad bruta. Súmense a este doble rendimiento los cultivos de hortalizas y tubérculos, la cría de aves y cerdos, las pequeñas industrias domésticas de aprovechamiento de los excedentes y se justificará entonces por qué esta gente vivía en ranchos confortables, de quincha gruesa, rodeados de árboles y buenos establos.

LOS NAPOLITANOS

Hemos hablado hasta ahora de los italianos del Norte, pertenecientes a la alta y laboriosa zona continental. Para ubicar a los napolitanos recurriremos a testimonios de la época. Guillermo Wilken, en su libro *Las Colonias*, publicado en Buenos Aires en 1873, dice: "Está bastante divulgada y generalizada una opinión adversa a la inmigración italiana; pero aparte de que en esto mismo hay ya cierta exageración rutinaria, es preciso no confundir el verdadero colono italiano, sobre todo si es lombardo o piamontés, con los inmigrantes que pululan en nuestras calles, dedicados al tráfico en la más pequeña escala, de los comestibles, utensilios domésticos y frutas, inmigrantes sueltos, sin familia, y que por lo general son napolitanos". Y en otra página agrega que "es rarísimo encontrar en las colonias — se refiere a los establecimientos agrícolas interiores — un napolitano, a menos que no vaya con un organito".

Dos conclusiones interesantes se desprenden de este informe: una de ellas es el hecho de que los napolitanos se hallan fundamentalmente en las ciudades, desempeñando los menesteres más humildes y poco especializados, propios de *"les petits-gens"*, como dicen los franceses; y otra que el italiano es despreciado por el paisano ganadero, que califica de chapetón inservible al hombre rural que no monta a caballo.

Por una particular coincidencia, el napolitano organillero y el desdén al italiano se hallan ejemplificados en el *Martín Fierro* de José Hernández. Y otras menciones hernandianas muestran al italiano circulando intensamente por todo el territorio argentino.

En la primera parte del poema, publicada en 1872, al referirse a la leva de "voluntarios" para la frontera, se dice:

Allí un gringo con un órgano
y una mona que bailaba
haciéndonos ráir estaba
cuando le tocó el arreo.
¡Tan grande el gringo y tan feo
lo viera cómo lloraba!

El gringo organillero, que había llevado pampa adentro su mágico y portátil instrumento de manija, mezcla de pianola y de acordeón, es "acollarado con el cantor" de la pulpería y conducido a la frontera para pelear con los indios.

En el fortín, Martín Fierro tiene un incidente con un centinela "nación", enganchado del mismo modo que el organillero, que una noche lo desconoce por estar "medio mamao":



El muelle viejo de Montevideo en 1864. En primer plano se ven dos balandras de patrones genoveses (bacanes) cargadas con pipas de vino Carlón. (Grabado de T. Pascual).

Era un gringo tan bozal
que nada se le entendía.
Quién sabe de ánde sería.
Tal vez no juera cristiano,
pues lo único que decía
es que era pa-po-litano.

Este napolitano, bozal por su media lengua, reputado como infiel por Martín Fierro, es el descendiente de aquellos *lazzaroni* partenopeos, amigos del canto, del vino y del sol, que buscaban en las nuevas tierras de América una faena liviana y bien remunerada, pero que andaban mano a mano con la muerte para salir adelante con la vida.

Martín Fierro juzga a los italianos despectivamente. Esta gringada "ni siquiera se sabe atracar a un pingo"; sólo da trabajo pues "no sabe ensillar"; ignora el arte de carnear; se asusta de las reses, aún volteadas; sufre con el vaivén riguroso de las estaciones pampeanas; "se acoquina" cuando llueve; y para mejor, "nunca se anda con chicas para alzar ponchos ajenos". El *nación* sólo es bueno "pa vivir entre maricas" aunque Hernández olvida aquella legión italiana formada por Garibaldi durante el sitio de Montevideo, que tantas veces se batiera heroicamente, y que llevaba por bandera una enseña negra en cuyo centro figuraba el Vesubio en erupción.

El duro menosprecio del nativo, que se extiende entre los versos 895 y 930 de la primera parte del poema, alcanza sólo a estos italianos mercenarios, desclasados, al decir de Gastón Gori en su interesante libro *La pampa sin gaucho*.

Hay en la segunda parte de Martín Fierro otra mención del italiano, pero esta vez no es peyorativa sino dramática. Al referirse a los prisioneros de los indios dice:

Había un gringuito cautivo
que siempre hablaba del barco,
y lo augaron en un charco
por causante de la peste:
tenía los ojos celestes
como potrillito zarco.

Los italianos, como este gringuito de ojos celestes inmolado por los indios, iban de las ciudades portuarias a las colonias agrícolas, llegaban a ser peones de estancia y, pese a la dura cicatería del gaucho, se establecían en las postas, inauguraban pulperías, araban con las ruedas de sus carros los caminos hasta entonces sólo hollados por las carretas corambreras y enviaban sus emisarios laborales o juglareros (como el organillero de la mona) hacia los desiertos interiores.

El mercachifle es la última figura que cierra este cuarteto de italianos citados por el *Martín Fierro*. Al organillero lúdico y festivo, al centinela borracho y al prisionero que hablaba del barco que lo trajo a una inesperada y salvaje América, se agrega el típico comerciante minorista ambulante que emplea un carguero para transportar sus chucherías o cosa poco frecuente, se decide a montar un caballo al que dota de grandes árganas. Hubo también en nuestro campo mercachifles "turcos", hercúleos sirio-libaneses que cargaban sus cajas al hombro y caminaban leguas y leguas amparados por su coraje inocente y su inmensa voluntad de trabajo.

El mercachifle es desvalijado por Picardía, el hijo de Cruz, dedicado a las malas artes de tahur rural:

Un nápoles mercachifle
Que andaba con un arpista
Cayó también en la lista
Sin dificultá ninguna:
Lo agarré a las treinta y una
Y le daba bola vista.

. . . .

Lo hubieran visto afligido
Llorar por las chucherías
"Ma gañao con picardía"
Decía el gringo y lagrimiaba,
Mientras yo en un poncho alzaba
Todita su merchería.



Casa de don Félix Buxareo proyectada por el famoso ingeniero civil italiano don Luis Andreoni y construída por albañiles peninsulares. Actualmente sirve de sede a la Embajada de Francia. (Acuarela de C. M. Menek Freire).

El pobre napolitano que hacía rueda de compradores merced a los oficios musicales del arpista — indudablemente italiano también —, es arrastrado por su pueril codicia y pierde al billar toda su "merchería", es decir, su mercería. Y llora de rabia, como antes llorara el organillero de miedo, regando con sus lágrimas una tierra de hombres duros que mataban sin lástima y que morían sin súplica, hijos fieles de una tradición española de machismo implacable.

El napolitano, meteoro desprendido de la ciudad hacia la campaña, prefiere sin embargo la vida urbana. Es manisero, zapatero, sastre, lustrabotas, confitero. Ama los oficios al aire libre, como los que ejerciera en su ciudad natal, mientras cantaba por las calles, y comía *figazza* a dos carrillos, y esperaba en los muelles de Santa Lucía el regreso de los pescadores cargados de *frutti di mare*, contemplando el sol que se hundía en el Mediterráneo, detrás de Posillipo, para aguardarlo mañana, al tramontar los Apeninos meridionales.

Este es el clásico *tano* de los conventillos y del tango, cuyo análisis social y espiritual emprenderemos en próximos ensayos.

(Especial para EL DIA) *Daniel D. VIDART*



La Pasiva de la plaza Independencia fue construída por el arquitecto italiano Carlos Zuchi en la primera mitad del siglo XIX. Bajo su arquería levantó su coro bullicioso la voz de los vendedores de maníes y de "mozzarella in carrozza"; de los loteros y de los lustrabotas napolitanos.



Una vista aérea de la base aeronáutica que da vida a Wake, obligado p:nto de escala en las rutas aéreas transpacíficas.

LA ISLA DE WAKE: PUNTA DE ALFILER EN EL PACIFICO

El casco de un transporte japonés, encallado entre los arrecifes de Wake, trae un recuerdo de la segunda guerra mundial.

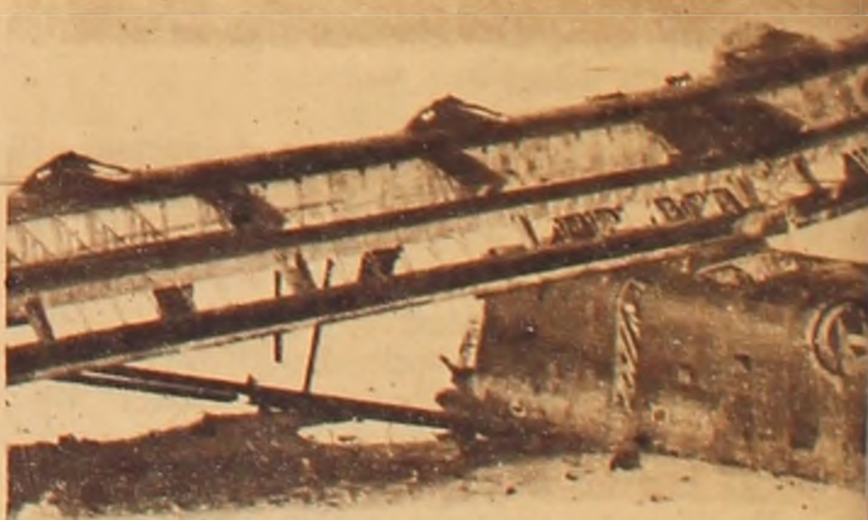


Esta isla es una de las más pequeñas que se hallan habitadas, siendo sin embargo mucho mayor que las que están de moda en los dibujos cómicos como refugio de los náufragos, puesto que tiene 10 kilómetros cuadrados de superficie. Está situada entre el Japón y Hawaii, a unos 3.500 kilómetros de Honolulu y 3.000 de Tokio, y constituye un punto de escala casi obligado para los viajeros entre estos dos puntos, o a través del Pacífico, o alrededor del mundo.

ESTA isla, desprovista entonces de habitantes, sin agua y cubierta sólo de arbustos, fue descubierta por un español, Alvaro de Mendaña, en 1568, pero careció de importancia durante unos 300 años. En 1796 llegó el capitán inglés Wake, a quien debe su nombre la isla. En 1866 un barco alemán, acosado por una tormenta, encalló allí. Sus tripulantes huyeron en una balsa a una isla vecina, pero un tesoro que llevaba el barco nunca apareció, y se supone que fue enterrado allí. El ancla del barco puede verse todavía.

CORTA Y DRAMATICA HISTORIA

Pero la historia real de Wake sólo comienza en 1935, cuando un barco de carga desembarcó hombres y materiales para construir el aeropuerto de una gran compañía de aviación comercial. La isla está en realidad dividida en tres partes, que forman como una U y se llaman: Wilkes, Peale y Wake propiamente dicha, que da su nombre al conjunto, el cual reposa sobre una base



Los restos de un bombardero japonés simboliz[…] el fracaso de las ambiciones de los invasores [...] Wake en la pasada guerra.

de coral y deja en su centro, rodeándolo, un lago. El aeropuerto que conoce todo turista que pasa por allí en avión está en Peale.

Esta isla, de tan pequeña superficie, no pudo defenderse bien en la Segunda Guerra Mundial, puesto que la organización de su defensa se hizo sin tiempo, demasiado apresuradamente. El 8 de diciembre de 1941 fue atacada por los japoneses sólo pocas horas después del vecino Pearl Harbour, no habiendo en ese momento allí sino unos mil civiles construyendo fortificaciones y unos 500 miembros de la Marina de Guerra. Hubo una batalla que duró 16 días, cuyo comienzo fue el primer encuentro de los soldados de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, debiendo los defensores rendirse a la presión de las fuerzas japonesas mucho más numerosas, no sin haberles causado antes grandes daños, incluso el hundimiento de dos destructores japoneses. Todo lo que se había construído desde 1935 fue destruído por los invasores, quienes construyeron apresuradamente fortificaciones acosados por bombardeos aéreos y barcos de guerra, habiendo sido así destruído un barco japonés de aprovisionamiento, cuyos restos se ven todavía en la playa. Esta se rindió de nuevo a los Estados Unidos en setiembre de 1945, al terminar la guerra. Dos meses después se restableció el tráfico de aviones civiles y se empezaron a hacer en la isla toda clase de construcciones civiles. Como resto de la ocupación todavía quedan algunas bombas, pesando a veces más de 100 kilos, y que se hacen explotar con toda clase de precauciones cuando se descubren.

En 1950 y 1951 la isla desempeñó de nuevo un papel saliente en la guerra de Corea, época en la cual se detenían allí más de 70 aviones por día.

No es un territorio hermoso: tiene sólo arbustos de escasa variedad y raras flores, siendo la rata el único animal salvaje. Está habitada por unas 500 personas, vinculadas a las empresas de aviación, habiendo sólo unas 50 familias. No hay población aborigen. Los pasajeros no se detienen allí de noche, salvo por obligación en caso de desperfectos en el avión, por cuyo motivo se hospedan en un pequeño hotel.

Las aves son muy numerosas: hay miles de fragatas y albatros y millones de ejemplares de las aves llamadas golondrinas de mar, que depositan sus huevos en la arena, habiendo también millones de pichones. Se plantea a los habitantes un problema: si hay millones de huevos en la arena, ¿cuáles son los frescos? He aquí la solución: se sacan un día todos los huevos en una zona determinada, y se marcan los límites de esa zona con un círculo dibujado en la arena. Todos los huevos que están al día siguiente en esa zona son frescos.

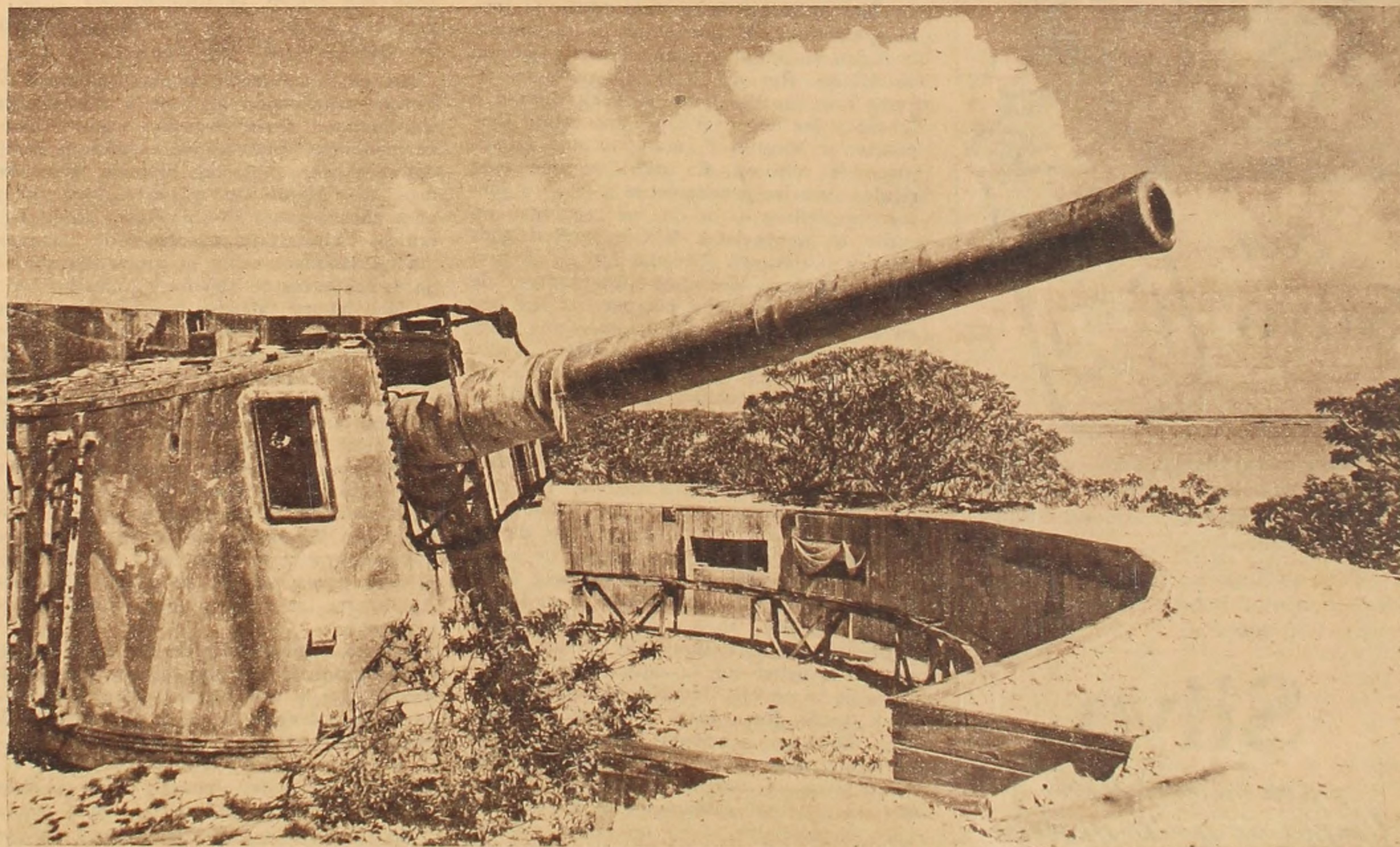
Los habitantes pasan una vida tranquila y sin rivalidades, puesto que todos tienen casas iguales, comen lo mismo y se visten en la misma forma. Por el aeropuerto, debido a su situación, pasan presidentes, reyes, almirantes, pero nadie se preocupa de ellos. Los niños se sienten en un paraíso, especialmente dedicándose a cazar pájaros y a pescar: un sólo niño puede fácilmente pescar lo suficiente como para alimentar a la familia. O bien buscan recuerdos de la invasión japonesa, que son comunes: cascos, sables, fusiles. No hay enfermedades: el médico solamente interviene para curar cortes hechos con las aristas del coral, tan abundante allí y que se vende como recuerdo a los visitantes.

El turista que se detiene en Wake, casi en los antípodas de nuestro país, no siente la tentación de pensar, como lo habría hecho en otras épocas, en la enorme distancia que nos separa, sino en la eficiencia de la aviación moderna, puesto que en menos de tres días se puede llegar fácilmente desde esa apartada región hasta Montevideo.

Carlos VAZ FERREIRA (h.)

(Especial para EL DIA).

Millones de golondrinas de mar encuentran refugio en la isla Wake.



Fotos: *Pan American World Airways.*

Los japoneses ocuparon la isla durante corto período, luego del traicionero ataque en diciembre de 1951; de esa época data este cañón.

ENTREVISTAS SIN PALABRAS:

GUILLERMO DE TORRE

CONFESAMOS nuestra inhabilidad en el menester periodístico de las entrevistas. "A priori" consideramos inoportunas las preguntas y nos inhibimos para el diálogo. ¿Timidez? Ahora todo se excusa con ese complejo, pero lo cierto es que nos gusta más escuchar, dejando libre al interlocutor, para no romperle el hilo de su espontaneidad. Y además, que no estamos al día en el comercio de las letras. Los diez años de guerra, cárcel y confinio son una insalvable losa de vacío sobre nuestro espíritu. Tememos siempre confundir nombres, tendencias, estilos, escuelas en la ya vasta —y también basta en algunos aspectos— producción literaria hispanoamericana. Con el propósito de establecer un poco de orden y orientación en nuestra mente, hemos aprovechado un feliz encuentro con Guillermo de Torre, en Buenos Aires para hacerle algunas preguntas. Los lectores dirán si las palabras de Guillermo de Torre sirven de orientación y orden.

Como temíamos, ya en la primera pregunta evidenciamos nuestra deficiente información:

—¿Tuvo usted algo que ver con "La Gaceta Literaria", de Madrid?

El gesto de Guillermo de Torre es una luz de facón para nuestra inopia intelectual, como diciendo: "¿De dónde saldrá este sujeto, ignorante de que fuí cofundador de "La Gaceta Literaria" con Giménez Caballero?". Pero no importa saber de dónde salgo ahora, sino dónde estaba entonces. Precisamente barbarizándome un poco en las selvas del trópico hispanoamericano, y no por hastío de civilización; todo lo contrario: para hallar luego gusto a la civilización. En la selva del Caquetá, o en la Mosquitia centroamericana, o en las riberas del Magdalena, me llegaba regularmente "La Gaceta Literaria", también "Martín Fierro", y otras publicaciones, para que la selva no me ahogara el afán de espíritu en la letra, si bien desvanecía lo que de "vanitas vanitatum" zumba en la diaria polémica de escritores y artistas.

Nuestra inmediata pregunta no fue menos desventurada:

—¿Qué opina usted de las nuevas tendencias literarias hispanoamericanas?

—¿Nuevas? —replica a su vez.

Queremos enmendar la página y le preguntamos por la nueva literatura española.

—¿Nueva literatura española? —nos pregunta a su vez con una indefinida duda. Pero nuestra pregunta está fuera de lugar, pues bien ha fijado Guillermo de Torre el juicio en su ensayo "Afirmación y negación de la novela española contemporánea".

Pero este hombre de talla media, inteligencia máxima, celtíbero como decía serlo José Ortega y Gasset, no podía defraudar a nuestros lectores. Habla ahora sin esquinas interrogantes, llanamente, y nos dice:

"En el curso de estos últimos años, a lo largo de varios ensayos y artículos, lo he escrito ya varias veces: es mejor hablar de la literatura hispanoamericana en conjunto que de la literatura argentina, chilena, mexicana, uruguaya, etc., aisladamente. La verdadera importancia resalta más netamente con perspectiva plural. Sucede además que las letras de este continente no comienzan con la independencia política de cada uno de los países, tienen más larga tradicion. Poseen inclusive sus clásicos. Así lo entienden quienes han emprendido su historia total: valgan como muestras las dos últimas salidas a luz: la de Charles Aubrun y la de Anderson Imbert. Comienzan donde deben comenzar: con los primeros descubridores y conquistadores de Indias. Se dirá que el Inca Garcilaso, Sor Juana Inés de la Cruz o Ruiz de Alarcón pertenecen a la literatura española. Pero también —o en primer término— a la literatura americana. El sabor de los "Comentarios Reales", el barroco de "Primer Sueño", la finura y la preocupación ética de "La Verdad Sospechosa", poseen ya un tono, un acento, un matiz muy peculiares que les dan carácter propio. En suma, si se trata de exhibir legítimamente pergaminos, de curarse de "complejos" de ausencia tradicional, muy bien pudiera alegarse que la literatura americana de lengua española existe desde el momento del desembarco en Guanahani, desde que Cristóbal Colón confió al papel sus primeras impresiones..."

Esta interpretación de Guillermo de Torre nosotros la entendemos así: un nuevo paisaje determina una nueva mutación de nuestra sensibilidad, lo que origina una nueva expresión. ¿Pero cómo es esa expresión, uno de cuyos más afortunados captadores fue Pedro Henríquez Ureña? Oigamos a Guillermo de Torre:

"Mi viaje de hace pocos meses por varias Repúblicas americanas me ha permitido confrontar sobre el terreno antiguas intuiciones. Desde México, desde las Antillas, desde el Pacífico se advierten ciertos fenómenos de americanidad más claramente que desde la América atlántica y meridional. ¿Géneros, autores predominantes? Varían según las latitudes. En México hay un auge de la novela nueva, más allá del simple realismo o de la imaginación gratuita. Ahí están los libros de Juan Rulfo y de Arreola. O bien el dominio en prosa, verso y ensayo de Octavio Paz. O la agudeza crítica de José Luis Martínez. Y, dominando el panorama, la figura magistral y unánimemente querida de Alfonso Reyes. En Cuba, aparte las figuras notorias de Jorge Mañach, Lizaso e Ichaso y las de novelistas como Alejo Carpentier y Virgilio Piñera, hay dos grupos juveniles valiosos. El hecho de que sean rivales autoriza precisamente a citarlos juntos: me refiero a los que se congregan en torno a las revistas "Ciclón" (Rodríguez Feo) y "Orígenes" (Lezama Lima). A propósito, revistas literarias importantes, de gran xalado, de vasta perspectiva, las hay en casi toda América. Ahí tienen una islita como Puerto Rico con dos revistas de alto nivel: "La Torre" (que bajo la rectoría de Jaime Benítez publica la Universidad) y "Asomante" (dirigida por la extraordinaria animadora Nilita Vientós Gastón). En La Habana acaba de reaparecer la "Revista Cubana", de muy limpia historia. No creo que sea necesario recordar los "Cuadernos Americanos", de México. En cambio, menos conocidas y perfectamente dignas de encomio son las publicaciones de la Casa de la Cultura en Quito y Guayaquil. A su frente está desde hace años una simpática, noble figura de ensayista: Benjamín Carrión. Pero no ignora usted que la *especialidad* ecuatoriana es la novela. Novelas importantes siguen dando Jorge Icaza y Pareja Diezcanseco. De los que apuntan en el mismo género, conviene no perder de vista a Pedro Jorge Vera. Ni tampoco a Angel F. Rojas. Perú se resiente visiblemente de los pasados años dictatoriales. Pero no faltan algunos poetas nuevos y ensayistas de valor. Esperemos que se rehaga, también intelectualmente, lo mismo que Colombia. Al margen de la literatura de lucha y cierto tipo de novela documento que en este último país ha prevalecido lógicamente en los últimos años, el señorío de un poeta como León de Greiff, de un ensayista como Hernando Téllez, de una revista tan vivaz como "Mito", se mantienen intactos. Entre las publicaciones importantes de América conviene destacar la "Revista Nacional de Caracas" y los suplementos de "El Nacional" de Caracas. Un ensayista de primer orden, Mariano Picón Salas; otras figuras como Arturo Uslar Pietri, José Ramón Medina, Isaac Pardo; una poetisa como Ida Gramcko..."

Los debates de una conferencia del Congreso por la Libertad de la Cultura interrumpen la entrevista. Quién sabe cuándo podremos reanudarla. Porque la nueva literatura hispanoamericana se desarrolla en otras vertientes espirituales y otras regiones. Argentina, Chile, Bolivia, las seis Repúblicas centroamericanas, Uruguay, Paraguay son mapas espirituales con nombre propio y común en la general convivencia del espíritu hispanoamericano.

Me da la sensación de que Guillermo de Torre, ensimismado, algo ajeno a la palabra sin finalidad de la discusión, sigue hilando su monólogo, interrogándose sobre la realidad y el fin de la obra literaria. Recordamos su "Manifiesto ultraísta vertical" y unos años después su obra ya de magisterio crítico, "Literaturas europeas de vanguardia", aldabonazo sobre la conciencia dormida de las letras de España y América. Pero es fácil ignoren algunos que su obra inicial fue un libro de versos, "Hélices", y que su labor crítica se desliza también sobre la pintura. De ambas actividades no ha podido desprenderse. La poesía está implícita en su estilo crítico, por la riqueza de imágenes y el ritmo de su prosa, y la pintura aparece en el recuadro de sus artículos periodísticos, y en la plasticidad de su vocabulario. Permanece en él aquella preocupación exegética de Picasso y las nuevas tendencias cubistas, cuya relación con la literatura plantea y resuelve en su libro "Guillaume Apollinaire: su vida, su obra y las teorías cubistas".

¿Cómo entiende Guillermo de Torre la crítica literaria? Su obra es una síntesis de teoría, arte y sensibilidad. Pero él mismo se encargará de decirnos cómo entiende la misión del crítico:

"El crítico debe poseer, si no un sistema cerrado, sí un criterio, unos puntos de vista que le permitan situar y valorar. Sin estas dos condiciones —particularmente sin valoración— no hay crítica que valga. Imposible inhibirse ante la necesidad de los juicios de valor, por muy flexibles y antidogmáticos que sean. Hay que comprometerse, no inhibirse —insisto—, ante las obras que merecen la pena, se entiende. Lo demás es paráfrasis e impresionismo, pretextos sobre los textos, "crítica poética" y demás especies inocuas. Por algo —y cuando cumple realmente su misión— el crítico ha sido llamado "la conciencia de la literatura", con frase de Thibaudet. "La crítica —ha escrito un maestro americano de esta disciplina, Alfonso Reyes— es creación provocada por la creación; no parásita, como injustamente se dice sino inquilina, y subordinada a la creación ajena sólo en concepto, no en calidad, puesto que puede ser superior al estímulo que la desata"."

Si Guillermo de Torre es el crítico creador cuando se enfrenta con la creación literaria, es el crítico de fuerza polémica, determinante de nuevas valoraciones interpretativas cuando se trata de otras obras críticas. Es el caso de su ensayo, integrador y desintegrador de la dualidad hispánica, titulado "Menéndez y Pelayo y las dos Españas". Una faceta crítica que lo sitúa en la corriente dramática española, en lo que, según Unamuno, podríamos llamar agonicismo de nuestro pueblo y nuestra cultura. Su libro "Tríptico del sacrificio", dedicado a los casos de Unamuno, Antonio Machado y Federico García Lorca, es testimonio de esa agonía, luz de arrepentimiento para las almas sensibles, aunque alguna vez hayan caído en las tinieblas de la infamia homicida.

En "La aventura y el orden", "Problemática de la Literatura" y "Proteo", el inquisitivo estético, el ensayista con densidad filosófica, el crítico con perspectiva de historia y temática polémica, afirma su fe en los destinos de la literatura. Su fe en la palabra podríamos decir que es consecuencia de su fe en el hombre. En su ensayo "Literatura y Crisis" ("Imago Mundi" números 11-12) transcribe al final unos párrafos de "Problemática de la Literatura", tesis de esa fe literaria:

"...los productos del espíritu pueden permitirse todos los excesos y licencias; en el seno de los más audaces y disolventes late muchas veces el germen de nuevas encarnaciones. La Literatura, como su elemento más esencial, el lenguaje, sólo puede morir para resurgir de nuevo: hasta sus fragmentos más dispersos en el caso del máximo estallido, se apresurarían a reunirse como obedeciendo a una ley de imantación."

F. FERRANDIZ ALBORZ

(Especial para EL DIA)



ESTAMPA DE "CASSE-CROÛTE"

—PARTIMOS dentro de una hora y media, exactamente a las 14 y 30... — Con estas últimas palabras, todos hemos hecho el gesto de fiscalizar los relojes como para una operación bélica. Comenzamos a descender del autobús que, ya sea por Moulins o por Saulieu, por los Alpes franceses o por el valle del Ródano cumple el servicio del Este. Estos ómnibus son verdaderos hijos de su tierra: vivaces y tesoneros, duros y ágiles, aprovechan con increíble gracilidad las pendientes serpeantes, mantienen empecinados promedios regulares, trepan sin desmayo por sucesivas estribaciones... Debe ser por estas calidades fraternales que nuestros amigos franceses les tienen admiración y respeto; ello hizo que les entregáramos una dócil familiaridad y, al viajar en ellos, siempre atendíamos su mudo consejo del mediodía...

Pero esta vez nos rebelamos y no queremos entrar a almorzar al hotel frente al que se ha colocado. Hoy nos fastidia el aspecto del entrevisto comedor burgués cuya alta calidad proclaman las estrellas que, de acuerdo a la clave internacional, lucen sobre su puerta. No; no nos resulta simpático el ambiente ni tampoco los compañeros de jornada que nos han precedido: el viejo matrimonio enjuto y nórdico, trajeado de gris y que viene pendiente de un fox-terrier histérico; menos, la pareja formada por el robusto y rico haitiano que habla en voz alta con su melosa y lenta pronunciación fastidiando hasta a su esposa rubia y ajada que, indudablemente, ha transigido con el color para adquirir un rango social superior... Tampoco nos gusta ir a formar legión con las dos americanas que vienen bebiendo de una cantimplora forrada de cuero y que ríen incesantemente. No nos atrae la cercanía de un clan formado por tres mujeres de luto —hermanas, sin duda alguna— y dos jovencitas tristísimas que no se atreven ni a levantar los ojos del suelo. Nos repelen los dos hombres que han venido ocupando el asiento a nuestras espaldas que pertenecen a un ambiente confuso, de negocios y mujeres livianas a juzgar por la conversación incesante que no han tratado de mantener privada...

En cambio, hemos visto que otros viajeros de nuestro ómnibus se han ido apartando de la puerta del hotel, sin ostentación pero decididamente. ¿A dónde van? Con discreción echamos a andar tras ellos no sin hacernos múltiples reflexiones burlonas; vamos por la calle principal de todas las circundantes que, asimismo es pequeñita. Dejamos a un lado la amplia plaza con unas hileras de árboles apacibles; interrogada, una suave viejecita parece recién despierta a la presencia de sus árboles natales: "Oh, no sé... son una planta fina, de la familia de las acacias..." y la vemos alejarse un poco desconcertada. A nuestra derecha están el buen museo histórico y la puerta de la catedral, pero no podemos olvidar a nuestros perseguidos que se nos escapan por la calle angosta que se quiebra en suaves ángulos. De golpe, el ábside del templo irrumpe en plena calzada! Una de nuestras vigiladas, vestida de severo negro, entra a la catedral por una puertecita lateral y la seguimos. Es lindo este refugio de modesto gótico que alegran unas sólidas galerías y luminosos vitrales. La señora se pone a orar, nosotros no podemos demorarnos. Con todo, al salir a la calle, ya no hay rastros de los viajeros. Para ser exactos, no hay ni una persona en la calle; sólo, de vez en cuando, algún misterioso personaje se delata en la celosía para ver quién está tomando fotos... Es la hora del almuerzo y del reposo. Los negocios, clausurados por un largo rato, siguen exhibiendo, sin embargo, su mercancía. Muestran esas cosas triviales que, en las vitrinas provincianas, cobran un aspecto más personal, como si se les hubiera dedicado un amoroso cuidado detallista que no tendrán nunca en las grandes urbes. Hay un San Miguel de yeso pintado, con un rostro romántico y tremenda espada; a su lado, otros ángeles de menor jerarquía rodean una taza antigua con guirnalda multicolor y otras florecillas haciendo marco a una "R" gótica... Entran deseos de comprarlo todo; uno siente que ya se ha encariñado con esos objetos inútiles. Afortunadamente los negocios siguen cerrados y sin rastros de sombras en la trastienda oscura. Nos alejamos pues y llegamos al corazón administrativo y económico de la ciudad; damos una vuelta de cumplido, echamos un vistazo al río que lame un flanco de la población y desandamos camino.

En lugar de encontrar un restorán, se nos presenta, de pronto, un envejecido letrero de tonos pardos: "CASSE - CROÛTE". Entonces nos nace, súbita, una felicidad menuda y traviesa, como si estuviéramos rehaciendo una alegría infantil... Junto al "Casse-Croûte", una panadería desliza sus vahos aromáticos. Allí y en otros amodorrados comercios vamos buscando nuestras provisiones...

Estamos recordando una tarde, a la hora del té, cuando la bruma helada del Lyonnais se venía a pegar a los cristales de la ventana y la conversación giraba sobre modos de viajar.

—Yo, ¿Ud. sabe?, siempre me llevo algo de casa para comer a mitad camino. Me voy a un "Casse-Croûte" modesto pero limpio. Los dueños suelen ser muy buena gente. Naturalmente, a todos no les gusta eso y los extranjeros...

Tomamos al vuelo la amable insinuación de que los sudamericanos somos muy comodones, favorecidos por una suerte regalada, sin penurias económicas como pueden haberlas conocido los europeos de nuestra misma clase. Pero, además, el sudamericano, tan temeroso del ridículo, se resiste a llevar sus provisiones por temor a que lo comparen a un colegial antiguo...

Pero henos aquí aprovisionándonos alegremente y siguiendo el ejemplo de Violette. Así, llegamos al "Casse-Croûte" y empujamos su humilde puerta de vidriecitos cuadrados. Entramos a un salón no muy bien alumbrado para nuestros ojos llenos de sol del mediodía; pronto, comenzamos a distinguir sus numerosas mesas y asientos, el imponente mostrador alto respaldado por abarrotadas estanterías que lucen botellas de todas formas, colores y sabores. Algunas personas están comiendo y apenas levantan los ojos hacia la forastera. Pero nos reconocemos: son los perdidos compañeros de ruta.

Inmediatamente se siente algo cálido y sedante en el callado lugar; la muchacha que atiende tras el mostrador pasa a nuestro lado canturreando el saludo y se pierde en la casa, evidente domicilio de los dueños del negocio, pues, desde la pieza a nuestra espalda vienen cuchicheos y entrechocar de cubiertos.

En nuestro salón, las gentes están entregadas a su tarea gastronómica, y apenas si se oyen ruidos, como si todos estuvieran de acuerdo en molestar lo menos posible... Frente a nosotros, ocupando una gran mesa, los cinco personajes más jóvenes del ómnibus: cuatro chicas de escasos dieciocho años se han unido al muchacho rubio, casi imberbe y de aspecto entre romántico y hosco, pues así lo presentan sus variantes expresiones. Ellas aportan a la comida sabrosos sandwiches caseros y pan de miel, en tanto él insiste gentilmente en hacerles beber algo. Es una mesa alegre no porque se exteriorice en alta voz o se escuchen carcajadas, sino por el tono rosado de las mejillas y la luz vivaz de los ojos, por la franca sencillez de los gestos y la juvenil vitalidad del apetito...

En medio de la vasta pieza, sola como en una isla, una señora sumamente abrigada y de sombrero inmemorial sorbe, parsimoniosamente, su naranjada espaciándola con los trocitos hábilmente cortados a una torta altísima, amarillo limón. Después de cada sorbo y de cada bocado suspira o toma aliento.

Junto a la ventana, otra señora que parece ostentar un lejano abolengo hoy sin apoyo material, se yergue en la banqueta; de vez en cuando mira a través de los vidrios, algo empañados, con esa actitud del que, en realidad, se está mirando por dentro o está rememorando... Con mano distraída toma de su bandejita de cartón unos blancos trozos de ave que acompaña con galletitas crocantes.

A nuestra izquierda, en la mesa vecina, una pareja recuerda, por la actitud de las cabezas y un algo indecible que se desprende de sus gestos, a la pareja orante del "Angelus" de Millet. Visten ropa negra y les trasciende resignación, humildad y quebranto. Comen prolijamente sobre una gran servilleta blanca que han tendido sobre la madera; mesa de pobres donde luce la sencillez del pan casero, la longaniza y una botellita de vino rosado. El corta, para ambos, las rodajas del aromado embutido con la tradicional navaja que sirve para las innumerables emergencias del campesino; se alimenta con la más absoluta moderación, sin apuro pero tampoco con esas pausas de los que siempre han podido disfrutar del ocio. Al cabo, se consultan; él descansa sobre el respaldo de la silla, ella toma por pares las puntas del improvisado mantel para ir rehaciendo el atadillo que, en seguida, guarda en el gran bolso de tela.

En éstas, aparece la Patrona que nos mira a todos como la maestra a los párvulos de la clase de estudio.

—¡Buen apetito para todo el mundo! —saluda con voz rebosante de energías.

Se detiene junto a nuestra mesa y le rogamos que nos haga servir algo.

—¡Pero cómo no! —responde y, después llama a Josèphe para darle la orden con un énfasis teatral que marca, sin duda alguna, su alta tradición hospitalaria. Avanza unos pasos y examina a los parroquianos... Sentimos, en ese momento, la atmósfera del "Casse-Croûte", esa especie de acuerdo mutuo y tácito que hace de la modesta casa la casa de todos, que no es sino un trueque de favores. Uno halla en él un pequeño abrigo cómodo, sin intemperies castigantes, un alto de viajeros humildes; a su vez, uno ayuda con el pequeño pedido al comerciante sin lujos ni grandes provechos. Uno respira algo fraterno y menudo, voces populares, un toque triste y otro alegre, jirones de vida que no se palpan tan directa ni sencillamente en los lugares que recomiendan las estrellas turísticas.

La Patrona, está con la pareja de campesinos a quienes conoce de antes; intercambian noticias parcas y jugosas, a la vez; alcanzamos a oír un "vuestra pobre hija" que nos explica mucho y que parece agobiar la voz de los padres. La patrona filosofa: "Es el destino...", hace una pausa, se excusa y se allega a la mesa de la ventana. Pocas frases y, al cabo, se escucha su orden lanzada hacia el mostrador tras el que la muchacha enjuaga vasos:

—¡Josèphe, un cuarto de Vichy para la señora Roussique!

Apenas Josèphe ha depositado el vaso burbujeante sobre la mesa de la clienta, la puerta de calle se abre ampliamente y entran dos soldados.

Como en las viejas obritas de teatro, como en las canciones populares, todo se sucede, entonces, con deliciosa exactitud... Josèphe se transforma: más blanca la nuca bajo la mata de cabellos cobrizos, más ágiles las piernas bien formadas, no se sabe bien cómo su silueta muestra una mejor valoración de volúmenes. Cobra, de pronto, una expresión vivaz y pícara aunque, al mismo tiempo, la cara se le hace evidentemente escasa de inteligencia.

La Patrona se ha adelantado con la mano tendida hacia los militares que no pasan de sargento; contesta su "¡Buenos días para todos!", con un típico: "¡Sed los bienvenidos!".

La dueña ha cambiado, también, con ese matiz de familiaridad y admiración, esa innata gratitud que las mujeres de pueblo suelen mostrar, inmutable, hacia los hombres que han ido o irán a la guerra. Con un gesto que calca el de la Patria arengando a sus hijos, en el célebre bajorrelieve de Rude que se halla en el Arco de Triunfo parisiense, se oyó decir a la patrona, perdido el tuteo:

—¡Josèphe, servid un tinto a estos señores!

"Estos señores", ahora denominación de alto rango, toman los vasos de manos de una tentadora Josèphe y, antes de empinarlos, levantan el honorable brindis silencioso.

La dueña nos ha vuelto la espalda para entregar toda su devoción patriótica a los brillantes huéspedes; llegan hasta nosotros los ecos de una animada conversación y el "Ah" paladeante de uno de los bebedores.

Todos los viajeros comenzamos a sentir que la hora ha ido pasando y, por turno, vamos saldando la cuenta de nuestra consumición.

Pero nosotros, viajeros sudamericanos, hoy apenas creemos saldar con estas líneas de afecto la deuda cálida de la hospitalidad, aquella que tantos días nos entregaron en Moulins, Saint-Julien-en-Beauchene, Laragne o por Reims, Tours, Manosque, Saulieu...

Que en estos "Casse-Croûte" de Francia uno aprende a escuchar los pequeños latidos de un gran corazón no tan fácil de descubrir...

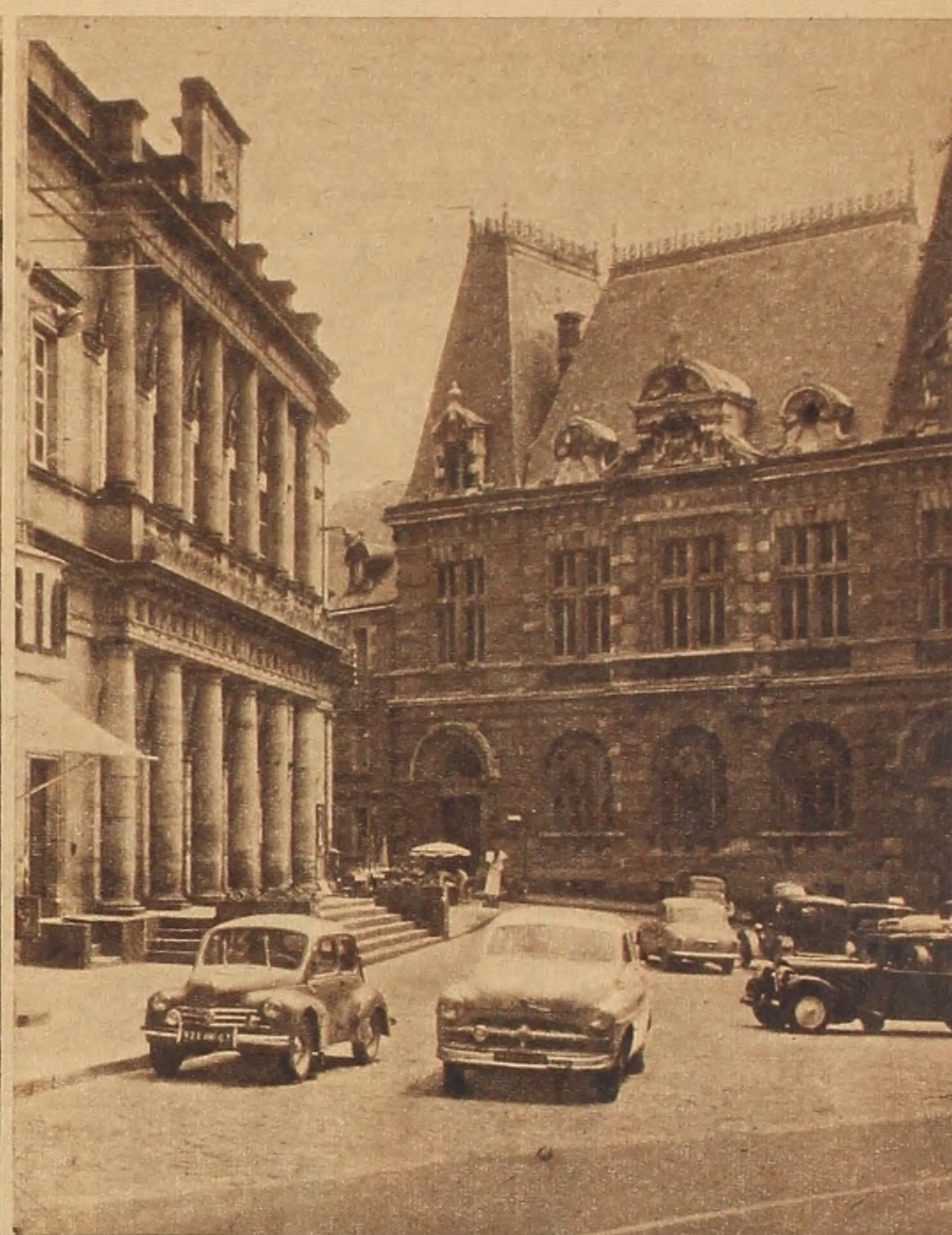
Rolina IPUCHE RIVA

Julio 1957.

(Especial para EL DIA)



Catedral de Moulins.



Plaza de Moulins.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA HISTORIA DE

ES nuestro propósito proseguir exponiendo algunos aspectos históricos y estilísticos de la cerámica mediterránea (especialmente italiota) como lo iniciáramos con el artículo del Suplemento Dominical de EL DIA del 23/VI/57, apoyándonos para ello en ejemplares que se custodian en el Museo de Historia Natural de Montevideo; mas hoy, antes de seguir adelante en esta exposición, para no dejar en blanco un aspecto de esa historia, muy importante desde luego, vamos a hablar de una faz que no tiene representante entre los ejemplares del Museo de Historia Natural. Nos referimos a la cerámica conocida con el nombre de *búcaro*. Esta palabra pasó del español al italiano para denominar una especial fabricación de tierras cocidas creadas por los etruscos y cuyo conocimiento y estudio comenzó a hacerse en el siglo pasado. El búcaro difiere de las demás cerámicas por su color negro, color que no sólo se presenta así en la parte externa del vaso, sino que lo es en todo el espesor del mismo.

La fabricación del búcaro se extiende desde el siglo VII al IV a.C. Estos vasos fueron luego imitados por otros pueblos de Italia, pero estas imitaciones presentan negra solamente la parte externa de la cerámica permaneciendo la masa de la misma del color común de las arcillas empleadas en las zonas de imitación. El hecho de que los primeros vasos de imitación se encontraban primeros vasos de imitación se encontraban nia, ha hecho que se llame en general a tal cerámica con el nombre de etrusco-campana. De esta cerámica etrusco-campana se encuentran algunos ejemplares en el Museo de Historia Natural.

La fabricación del búcaro continúa siendo hoy un punto oscuro a resolver. No se ha logrado saber cómo trabajaban los etruscos esa cerámica para obtenerla totalmente negra en su estructura. Ya a fines del siglo pasado se hicieron estudios serios sobre el búcaro en las fábricas de Sevres (Francia). De estos trabajos realizados por Salvétat, Buisson y Berthier, se sabe que él no ha sido sometido a una elevada temperatura, pues se encuentran en el búcaro un 2 % de materias carbónicas las cuales habrían sido quemadas con la temperatura media de un horno común de cerámica. Y tal es verdad que si a un búcaro se le somete de nuevo a la cocción común en un horno, él pierde un 13 % de su peso y su color se vuelve rojizo.

Mas esto sólo revela una parte del proceso de elaboración. Por ahora se tienen algunas teorías que en el proceso práctico sólo han dado resultados parciales. Hay quien dice que el color negro de la pasta era obtenido por betún que a ella se mezclaba durante la elaboración; otros creen que cuando la cochura, se quemaba dentro del horno, materias que producían un humo negro y denso.

El búcaro en general presenta formas variadísimas y demuestra la exuberante fantasía de quienes lo modelaban. Durante la fase más antigua de su historia, los vasos de búcaro tienen paredes sutilísimas que recuerdan algunos de los productos de la porcelana china. Como la cocción no ha sido llevada a los extremos habituales y dada la delgadez de las paredes, los líquidos que se ponían en estos vasos se conservaban en ellos muy poco tiempo ya que se filtraban a través del pequeño espesor. Esto hace pensar que tales vasos eran destinados a ritos religiosos o fúnebres (son las tumbas etruscas las que nos han conservado la casi totalidad de los búcaros conocidos). En este período, el de los vasos sutiles, se encuentran numerosas imitaciones de obras, provenientes del oriente del Mediterráneo sobre todo de copas talladas en marfil.

En cambio hacia el final del ciclo de fabricación del búcaro, sus productos se presentan con formas macizas y pesadas siendo



Museo Nacional de Palermo. Espléndido vaso de búcaro de Chiusi con relieves. En la parte superior está decorada con guerreros; en el vientre escenas con la Gorgona y otros personajes.





Museo Vaticano - "Guttus" de búcaro. Este sutilísimo vaso tiene un esplendente color negro. Mide de alto 30 centímetros. Debe datarse entre los años 600 y 590 a.C. (Fotografía Anderson).

LA CERAMICA



Museo Vaticano - Copa de búcaro. Exquisita pieza de cerámica en estilo "orientalizante" cuya fecha de elaboración debe colocarse en torno al año 630 a.C. Mide de alto 16 centímetros. (Fotografía Anderson).

centro principal de esta fabricación la dad de Chiusi. Se elige para la decora- de estos productos, animales más o me- fantásticos, escenas de danzas, etc., no dose casi jamás escenas mitológicas.

s indudable que esta cerámica fue crea- de los etruscos, pues fuera de Italia se le ha encontrado; por otra parte su lo también demuestra que no son pro- tos de importación, sino de fabricación l.

Entre las fotografías que ilustran este ar- ulo presentamos dos de los más bellos ductos de la fabricación del búcaro: la a y el "guttus", provenientes de la tum- Regolini-Galassi.

En el año 1836 el archipreste de Cervé-, presbítero Alejandro Regolini y el ge- al Vicente Galássi, obtenido el pertinen- permiso del Gobierno pontificio, efectua- en las inmediaciones de Cervéteri, en lugar llamado el Sorbo, excavaciones que aron desde el 23 de marzo al 25 de ju- y que dieron por resultado el descubri- nto de varias tumbas con riquísimo ma- al arqueológico. Este material, compra- posteriormente por la Santa Sede, pasó nriquecer la colección del Museo Grego- no Etrusco. Una de aquellas tumbas a nulo conserva hasta hoy el nombre de exploradores. Lamentablemente el tra- o arqueológico de entonces estaba muy s de hacerse con las debidas garantías tíficas y su fin, más que nada, era for- colecciones y enriquecer museos. Por causa hoy es imposible, dentro de la a que tienen destinadas en el Museo usco del Vaticano, distribuir los objetos tenecientes a las varias sepulturas que ponían el túmulo Regolini-Galassi.

El "guttus". Sobre un pie de base re- nda, descansa el cuerpo del vaso que pa- ería imitar el cuerpo de dos aves (¿aves- z?) unidos por el flanco y cuyos largos llos terminan en sendas cabezas de ca- llo. Las cabezas presentan en la parte su- rior un agujero — para la introducción l líquido — obturado por un tapón que presenta una flor estilizada. Los hocicos sentan varios agujeros pequeñitos que para verter el líquido del vaso. La ma- a del "guttus" es doble y está formada, mero por la figura de un hombre que oya una pierna en cada uno de los dor- de las aves y sus manos en el yugo e unce las dos cabezas de caballo; de hombros de esta figura desciende, for- ndo el segundo mango, una capa que en último tercio se divide en dos faldas que adhieren al vaso detrás de los pies de la atuilla. Si el búcaro fino, como ya hemos to, no permite una larga conservación del uido haciendo pensar ello a un destino ual, en este caso se presenta más lógica a suposición por su suma fragilidad, por apariencia zoomorfa y aún por la deli- deza con que debía verterse el líquido en contenido.

La copa. El cuenco de la copa apoya so- un fuste con doble anillo en relieve. El pie se explaya presentando una superficie decorada con líneas y puntos. En el borde de la base se levantan cuatro entibos o sostenes que terminan al borde del fondo de la copa. Son estos sostenes que le dan su particular y exótico aspecto; dos de ellos son calados y desarrollan como motivo de decoración estilizadas flores de papiro, y dos son figuras de mujer en función de cariátides.

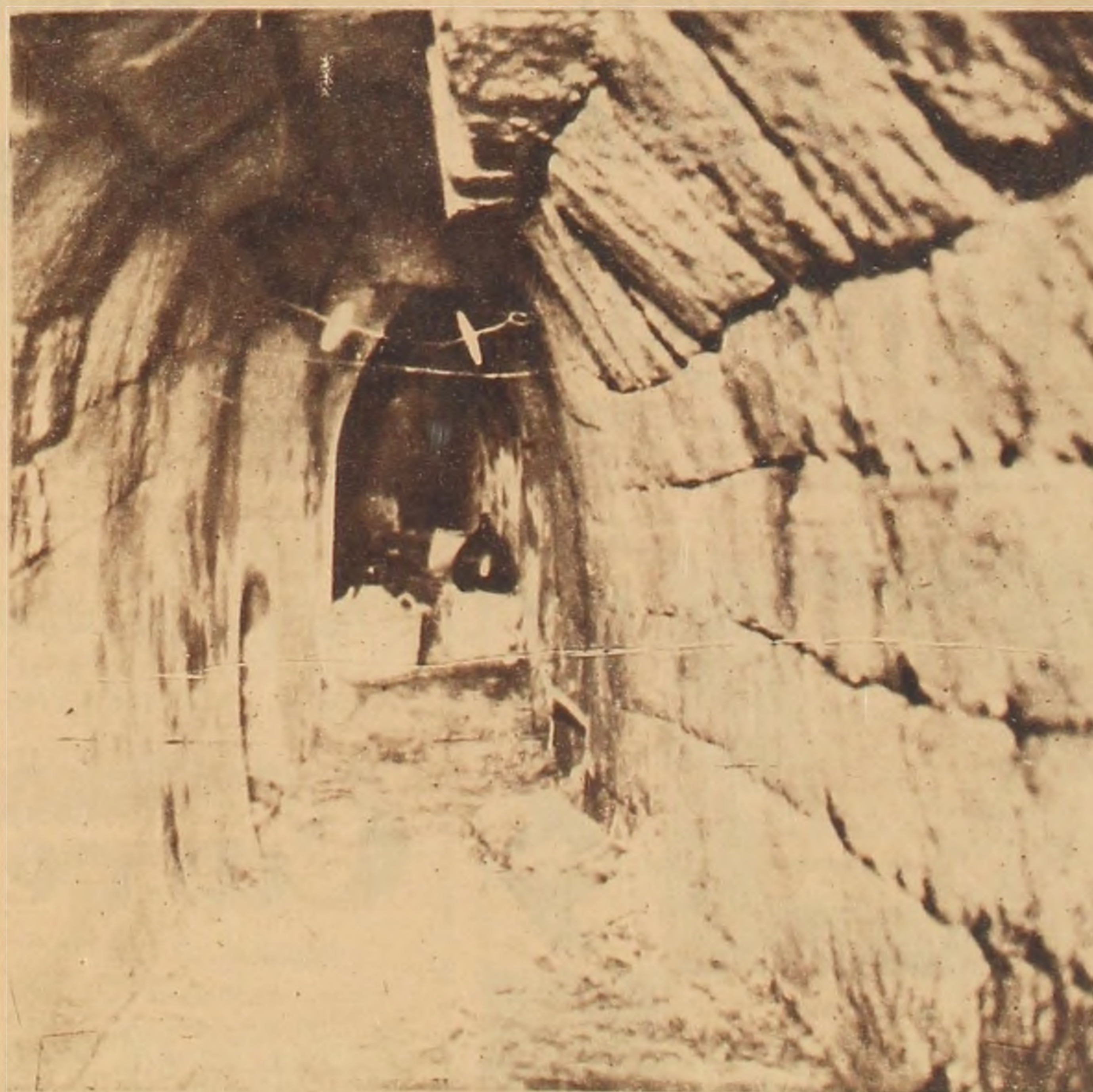
Los búcaros de Chiusi tienen una marcada apariencia metálica y tanto más que eran fabricados en sustitución de los costosos recipientes de bronce que eran colocados en las tumbas. En la fabricación de estos vasos, los adornos y los relieves con figuras eran modelados aparte y luego colocados en la superficie que debían cubrir. Muchas veces algunas de las partes de estos mismos vasos terminan en formas de animales. Hermosos y característicos entre la producción de búcaros de Chiusi son los braseros hechos generalmente en forma rectangular y que tienen en dos de sus lados tres asas modeladas en formas de cabezas humanas o de animales.

La aparición de la cerámica griega, organizada como gran industria de exportación, parecería ser la causa de la desaparición del búcaro en las ciudades etruscas. El hecho es que dejado de fabricar en el siglo IV a.C. nunca más se le vió modelar perdiéndose para siempre el secreto de su creación.

Luis BAUSERO
(Especial para EL DIA)



de búcaro. Este elegantísimo vaso usábase para beber. Mide de diámetro 13 centímetros y 13 tros de altura. Es de fines del siglo VI a.C. Propiedad del autor. (Fotografía de EL DIA).



Interior de la tumba Regolini-Galassi. En este ámbito cubierto por falsa bóveda se encontraron dos enterramientos; a derecha e izquierda se abren dos cámaras con sendas sepulturas. (Fotografía del autor).



CARLOS M. HERRERA: "Retrato de niño".



PEDRO BLANES VIALE: "Las tres hermanas".

EXPOSICION "GENERACIONES JOVENES DEL PASADO"

EN el Subte Municipal se ha inaugurado la exposición llamada "Generaciones Jóvenes del Pasado". Esta revisión de los valores de nuestra pintura, posee en su reencuentro con la época actual, el mérito de hallarnos frente a una serie de telas de pintores que encararon sus estudios básicos con la máxima seriedad y constancia. La División Cultura del Departamento de Planeamiento y Contralor, con la colaboración del Banco de Seguros del Estado, los Museos Nal. de B. Artes, Histórico Nal., colecciones particulares y Museo Municipal "Juan M. Blanes", ha montado la exposición, y para el próximo mes de agosto, se anuncia una segunda serie de la misma, integrada por obras de Bellini, Causa, Rivello, Barradas, Bereta y Laborde, este último en carácter de homenaje. Miguel Palleja, 1861 - 1887; Diógenes Hecquet, 1866 - 1902; Carlos Ma. Herrera, 1875 - 1914; Carlos F. Saez, 1878 - 1901; Pedro Blanes Viale, 1879 - 1931; Andrés Etchebarne Bidart, 1891 - 1924, son los artistas de los cuales se exhiben obras, además del italiano Caetano Mario Parpagnoli, 1869 - 1924. Se impone comenzar con Diógenes Hequet, pintor que radicó durante cinco años en París, durante los cuales estudió en academias, logrando seguros resultados en el dominio de la figura. Si bien se expone alguno de sus cuadros de tipo militar, de los tantos que realizó, como de batallas y estudios de tipos históricos, se tuvo la buena idea de prescindir en parte de ello, para darnos a conocer bocetos y estudios, así como una "naturaleza muerta" muy fuerte de color, explorada en sus valores de claroscuro y matices empastados, hasta verificar la sensación del volumen objetivo, y la expresiva dosificación de lo inerte. Por sobre todas las cosas, Hecquet fue un gran dibujante, del cual recordamos sus estudios de desnudos y su no menos interesante serie de aguados a la tinta china. Ceñido y vitalizado por la línea justa, los dibujos de Hecquet constituyen siempre una lección cabal.

Se expone también un efecto de nieve poco divulgado, donde sus virtudes de colorista sobrio, se hacen presentes. La corta vida de Miguel Palleja, nos deja sin embargo un reflejo de lo que pudo haber sido este pintor, nacido en Montevideo, el que sólo con diecisiete años va a Europa, y a su regreso, con una formación ya delineada, reside en Buenos Aires y luego en Paysandú, donde sigue trabajando, para fallecer en Barcelona, en un nuevo viaje que emprende y cuando acababa de cumplir sus veintiséis años.

En este pintor, que pocas obras dejara y creemos se hace necesario emprender la búsqueda de otras, se advierte el principio de un oficio bien aprendido y de un concepto sobrio y de gran pintura en su intención. Nos lleva a decir ello, su trabajo sobre "Hachero de la época de Santos", una tela de dimensiones regulares y que si bien pareceria suponer un contacto del pintor con el recuerdo de Rembrandt, es una obra demostrativa de un conocimiento seguro del oficio de pintor, como se estilaba entonces.

La mano enguantada del coracero es un ejemplo de pintura cuidada, una verdadera promesa de un porvenir, en un pintor que lamentablemente y como se da el caso en la mayoría de los que aquí exhiben, fueron malogrados por la muerte, en el momento más importante de su producción. Es pintor que el público poco conoce y por ello, fue un acierto presentarlo en oportunidad, haciendo justicia a un artista de talento. En su autorretrato, funde el color, la superficie controlada por una fresca transparencia, denota que Palleja iba al perfeccionamiento de su técnica. Su interés por los temas nativos tiene en "Cabeza de Gaucho" una tela bien manchada y con carácter. Los otros retratos, sobre todo uno de señora, abusa en algo del detalle en las carnaciones, y no los encara con la plenitud de los anteriores. Posiblemente, su afán de estudios, no hay que olvidar la edad, lo lleva a analizar ese mundo sicológico que sin embargo, logra desentrañar. Al llegar a Carlos F. Saez, malogrado a la edad de veintiún años, se llega al sumun de lo que aquí se exhibe. En aquella época, en que recién la pintura llegaba a muchos y a su edad, a apenas estudios tímidos, en él se hace obra madura. Dibuja con solvencia extraordinaria, y ve con ojos distintos, ojos de verdadero pintor, que abarcan, por la luz y la sombra, la faz pictórica que recuesta con dominio del color excepcional. Rica paleta que desborda con una generosidad joven. Auténtico valor, cien por ciento pintor, que revela una penetración rara y aguda de la expresión de sus modelos. El les da vida, una vida que aún hoy, en que tantas evoluciones han cambiado la costumbre de las gentes para ver los cuadros, se sos-

Guía de ofertas



CAETANO M. PARPAGNOLI: "Camino al sol".



CARLOS F. SAEZ: "Madroños".

tiene extrañamente, con una perenne vida interior, y un hálito de triste realidad, que se espeja en la vida tronchada, y el arte mutilado, en la más vital fuerza espiritual que asomaba ya con caracteres de gran pintor. Sus obras intimistas todas, y con sentido de estudios, son de potente pintura, manchada magníficamente y persistiendo siempre el dibujo; maneja el pincel como si dibujara. Este es su gran secreto. Se exponen unos dibujos, que van del simple croquis al estudio al lápiz —pequeños tamaños que son grandes retratos— y luego, sus famosos estudios de cabezas, especialmente de mujer —casi siempre de modelo sus hermanas—. Su "Madroños" o mujer del chal rojo, es un ejemplo de la pintura emocional de este artista. La seguridad absoluta de su puesta en color, la preparación de la mancha y luego, como en la faz, la terminación más serena, nos dicen del equilibrio de su visión pictórica y de su rica materia, plena de espontaneidad. Se dice que Juan M. Blanes aconsejó a sus familiares que le enviasen a Europa a estudiar cuando era un niño. Tenía sólo quince años.

Exposición en la que viven las obras de quienes, con el entusiasmo pródigo de la juventud, se dieron enteramente al arte. También representado aquel gran colorista y retratista al pastel, que fue Carlos María Herrera. En Herrera, sus estudios y cuadros se producen más normalmente y aunque muere joven y por dar aún mucho de su talento, puede dejar una considerable obra. Además funda el Círculo de Bellas Artes.

Pintor al cual se nota ya el esmero de un espíritu apacible y el seguimiento de un camino sin tropiezos y sin inquietudes que le dañen o perturben. Sus cuadros y sobre todo sus retratos de mujer y de niños, se exponen aquí algunos retratos al pastel, poseen un idealismo y una definición técnica que, aunque por momentos posea la certera pincelada dejada a la vista, en otros se advierte su deseo de terminar y de llegar a un punto culminante del "metier". Su delicadeza de color, dice de un propósito alcanzado. El pastel, pocas veces o tal vez nunca, fue manejado entre nosotros con esa su soltura técnica, limpieza y armonía, que le hacen un maestro. Sus estudios con Barbudo y Barbasán, le dan el conocimiento académico, que le vemos en algunas telas en que estudia el desnudo y en que maneja la paleta baja, en ocres y tierras y, siguiendo la trayectoria de su obra, vemos que, manteniéndose su personalidad, la luz que le infunde el trabajar con Sorolla, despierta a una entonación más clara y luminosa, que ha de regir sus cuadros más característicos. Herrera, colorista por excelencia, halla entonces la razón de su pintura y la definitiva palabra de su valor. Véase su autorretrato de joven y luego el retrato de mujer al pastel (de tamaño casi natural). Si Herrera es en la figura un colorista de notas magníficas, el paisaje tuvo en Blanes Viale su máximo exponente. Sorolla y Rusiñol, dos extraordinarios coloristas, fueron su inspiración. Pero Blanes Viale soltó las amarras de una pintura más conservadora y derrochó su sentir y su emoción en un colorido pletórico. Cuando el impresionismo se preocupaba de la luz, él halló, en esta búsqueda, su misión y el porvenir de su pintura. No se ligó netamente a la escuela impresionista en lo puramente técnico y el trazo de acercamientos por el color no fue para él, un llamado a la composición del cuadro. Prefirió las grandes masas de color, los grandes espacios llenos de sol y el desbordamiento de los colores que, como torrentes, vuelcan en sus telas riqueza maravillosa y pura. La luz, he aquí lo logrado por Blanes Viale, por medio del color. Verdes, rojos, azules de una intensidad poco común, son sus elementos de expresión. Sin embargo, esta muestra tiene por objeto demostrar mtabién, cómo abocaban el estudio los pintores nuestros del pasado. Las academias al lápiz, son un ejemplo de humildad en el estudio. Además, fuera del paisaje, Blanes Viale estudió la figura y, aunque no llegó a primar su obra de tal carácter como el paisaje, cierto es que logró buenos resultados. Sus esbozos de cuadros de Historia, "Las Instrucciones del año XIII" y sus estudios al pastel, así como algunos retratos, hasta llegar al trágico autorretrato, pintado ya enfermo, nos ponen en contacto con su escala de valores. Podemos sin embargo establecer comparaciones entre lo opulento y lo fuertemente pictórico de Blanes Viale. Unos pequeños cuadros bellamente pintados con sabor de autenticidad y de realización directa, se oponen a los de gran tamaño, donde se establece una fuerte lucha entre el pintor y la naturaleza. Su deseo de llevar al sumun de color el paisaje, dicen de sus ansias infinitas, malogrando en parte otros atributos más sencillos y pictóricos. Pero Blanes se establece como gran señor de su paleta y desata ese magnífico torrente de color, que si decoran un poco sus cuadros, lo llenan en cambio de alegría sana y magnífica y hablan de una poesía íntima, que conoce el misterio de la naturaleza y sus dones más bellos. "Las tres hermanas", es un ejemplo de este concepto de Blanes Viale. Queda Etchebarne Bidart, discípulo de Carlos Ma. Herrera y que llega hasta Palma de Mallorca. Hay en esta obra algo más humilde y sencillo. Es una palabra pronunciada en voz baja, acompañada de un dejo de tristeza del campo, que se manifiesta por un ámbito de soledad. La impresionante soledad del espacio. Las llanuras bajo el cielo inmenso —"Silencio" y el recogimiento de rincón, en "Casa de pescadores"—. La sombra tejida de un zarzo, lo cautiva y la elabora con una valentía y constancia que nos inculca el detenernos ante este laberinto como si en el reposo pensante, hubiera para entretener los ojos y el misterio de las cosas, esa proyección de grafismos, que dan un reflejo de alegría en un rincón de simplicidad, fuera refugio de agitados seres. La expresión de Etchebarne Bidart parece detenerse en las grandes manifestaciones de las cosas sencillas. Su visión halla el modo de transmitirnosla y ello es, para un artista plástico, la más alta misión.

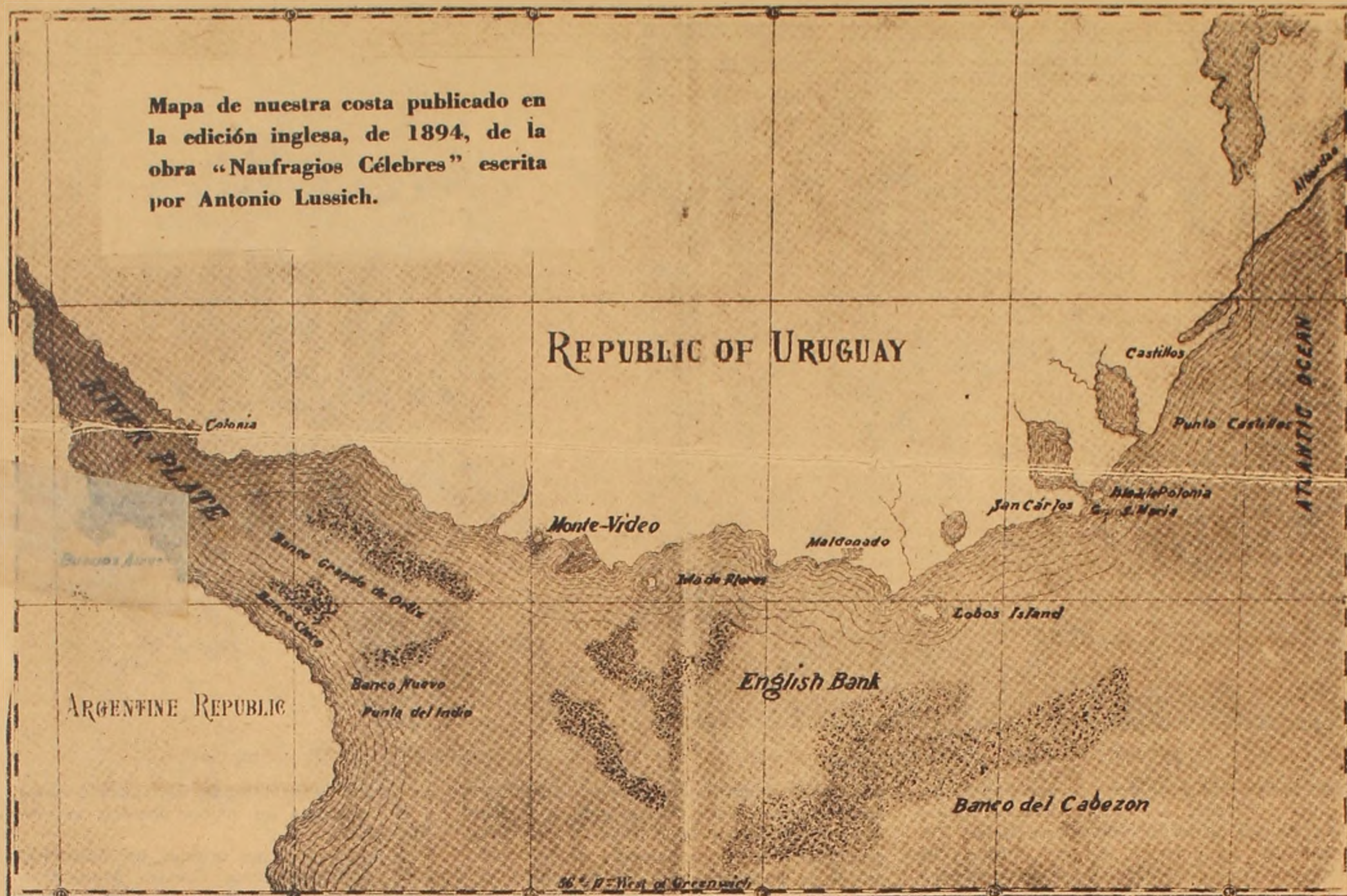
Se agrega a dichos artistas, un pintor italiano nacido en Roma: Caetano Mario Parpagnoli. Poco conocíamos del pintor y reza en el catálogo que, "Por su origen, por su trayectoria general, no estaría el pintor dentro de las características generales que definen la selección de artistas que constituyen esta serie. Se le incluye, no obstante, en calidad de homenaje, por lo que su ejemplo y su maestría sirvieron a la generación de artistas que le tuvo cerca y que recibió por su intermedio, una directa visión europea de la pintura, fuera de los corrientes presupuestos académicos en boga; porque además, no recibió de las generaciones que le suceden, el amplio reconocimiento que una más generosa difusión de su obra hubiera permitido". "Camino al sol", si no hubieran otros cuadros, es suficiente para justificar a este pintor en la muestra. El paisaje es profundo en sus conocimientos del color y alejamiento de éstos, en el contraste, y en la sensación luminosa. Bien empastado y de claro oficio, es una muestra que puede conceptuarse de importante acervo, para la exposición.

Esperemos, pues, la segunda serie que completa la exposición, bien esperada por cierto, ya que otros jóvenes valores del pasado, con visos de pintura más moderna algunos de ellos, nos harán reencontrar caminos con obras que marcan la historia de nuestra pintura.

Eduardo VERNAZZA

(Especial para EL DIA)

e interés para la mujer y el hogar



LAS ISLAS O LA DISPUTA POR LOS HIJOS

SI se quisieran pruebas de las porfías y reyertas en medio de las cuales vive el matrimonio Mar - Tierra en nuestro país, no se tiene más que observar la vida que, a causa de tales desavenencias, deben sufrir sus hijos: las islas situadas en todo nuestro 'toral sur desde la Coronilla, en el departamento de Rocha, hasta las costas de Conia.

Frente a la Coronilla están situadas dos las: la Isla Grande y el Islote de la Corolla; frente a Punta del Diablo, en la ennada de Castillos, otras dos; la Isla Seca la Isla del Marco; y continuando los arrees del Cabo Polonio hay tres: la Isla Renda, la Rasa y La Encantada. Todas ellas n rocas y sólo rocas, redondeadas y puas por el mar que sin cesar bate sobre as y donde no ha sido posible crecer una ita vegetal. Inhabitables, por tanto, y sólo gan a ellas en botes — se van en el día — faeneros de lobos en la época de la manza en aquellas islas donde tal industria practica (islas del Cabo Polonio). Estas as redondeadas, oscuras y siempre húdas, tienen el aspecto de lobos y de eletes marinos, allí existentes; y éstos, a su z, tienen notable semejanza con aquellas rocas. Mas, en este mimetismo cabe preguntarse: ¿quién imita a quién? Y nos quedamos finalmente con la explicación de que la naturaleza con su moldeado de siglos ha acabado por darles a unas y a otros la única forma compatible con un mar en permanente agitación.

Las islas referidas — de La Coronilla, de Castillos y del Polonio — no son sino la emersión de extensos y agudos arrecifes de piedras, centros de remolinos donde a menudo llegan los barcos a encallar y son deshechos luego por las olas oceánicas siempre bravías. Son significativas las denominaciones que, a causa de tales desastres marítimos, le han quedado a las puntas y playas próximas a tales islas de arrecifes: Punta del Diablo, Playa de las Calaveras, Cabo Polonio en recuerdo del barco español, "El Polonio", perdido allí en 1735. Para quien quiera tener una versión de los dramas marítimos ocurridos en estas ensenadas y arrecifes remitimos a la lectura de la obra "Naufragios Célebres", de Antonio Lussich, y al capítulo "Desastres Marítimos" del libro de Carlos Seijo, "Maldonado y su Región".

En La Paloma, junto al Cabo Santa María, cerrando la bahía existían dos islas: la mayor, llamada La Grande, y la menor o de La Tuna. La primera se convirtió en península cuando se construyó la escollera de protección del puerto, a quien tanto protege que no deja ahora entrar en él ni a los temporales ni a los barcos, pues al faltarle — justamente a causa de la escollera — la corriente de fondo que lo dragaba naturalmente, aquel puerto se ha llenado de arena. La ex-isla es actualmente un decorativo apostadero, llamado naval. En cuanto a la isla de La Tuna, reducida y árida, sirve de asiento pesquero durante el verano, y en invierno es una perfecta calva roqueña a la que las aguas oceánicas espumosas le dan en vano un masaje capilar.

*

La Isla de Lobos, frente a Punta del Este, también es de piedra viva como los peligrosos arrecifes que la circundan y que han sido el cementerio de decenas de barcos. Arida, escabrosa, totalmente granítica, se llega a esta isla por una pequeña cala, donde se atraca, no cuando se quiere, sino cuando se puede. Darwin, que llegó junto a ella en el "Beagle", en 1833, no pudo bajar a causa de la niebla y el mal tiempo; los gritos de los lobos y pingüinos que le llegaban hacían un ruido tan extraño que creyeron que eran balidos de animales vacunos, y así lo hace constar en su crónica. Esta isla está habitada por los faeneros y seis mil lobos, cuya matanza se ha explotado en todo tiempo. Llegan también allí numerosas gaviotas y, en la época invernal, pingüinos, traídos por la corriente directa del Polo Sur. Como vegetales no hay sino tunas, calagualas y cañaverales, pero ciertamente no faltan maderas provenientes de los barcos deshechos.

La Isla Gorriti, más próxima a la costa, estuvo en un tiempo cubierta de palmeras y debió a ello la denominación de isla de las Palmas con que figura en los mapas de los siglos XVI y XVII. Pero, aquéllas desaparecieron con la cría de porcinos que allí se practicó, y actualmente tiene extensos pinares. A la protección que esta isla da a los vientos del sudeste en los frecuentes y largos temporales se acogen los barcos sorprendidos mar afuera, y allí hemos visto refugiados hasta seis y ocho barcos a la espera del buen tiempo. Aparecen, entonces, en busca de ese refugio, barcos pescadores brasileños procedentes hasta de Río Janeiro y a los que sólo en estas circunstancias se les puede ver. El bajo del Monarca y el bajo Mostin, a uno y otro lado de la isla, han tomado nombres de barcos naufragados en esos arrecifes y cuyos restos muerden también a los cascos de las embarcaciones.

¿Y durante el verano? Se sale una mañana del muelle de Punta del Este, con buen tiempo y mar calmo, para hacer una tranquila excursión a la Isla de Lobos o a la de Gorriti, y se desencadena durante la tarde un mal tiempo que ha provocado desastres. Nadie puede estar seguro, cuando se parte por la mañana para estas islas, del tiempo que se tendrá por la tarde para el regreso. Se podría enumerar los naufragios de barcos y de yachts al retornar de Lobos y hemos visto turistas, sorprendidos en la Isla de Gorriti durante una tranquila excursión de verano, tener que quedarse allí durante una noche de tormenta.

Vemos cómo trata el mar a estos trozos de nuestro territorio que han quedado aislados en sus dominios. La costa tiene ejemplo, pues, de lo que a ella misma le pasaría si se entregara confiada y sin defensa a este gran gruñón malhumorado.

Más al oeste, la bravura del mar mengua pero no desaparece. La isla de Flores, no obstante su extensión, sólo ha servido para lazareto y, ocasionalmente, para prisión. Los barcos de pescadores que llegan hasta allí procedentes de Montevideo, no siempre pueden atracar a la isla. Un faro, por el que los portugueses, en 1819, se cobraron toda la parte de nuestro territorio al norte del Arapey, fue el primero en iluminar el camino de nuestro río.

*

En la costa de Montevideo, frente a la playa de Malvín, se encuentra la isla de las Gaviotas, cuya única función, hasta ahora, ha sido el asiento de un aviso de cigarrillos. Es de piedra y tiene abundantes tamarises. Durante el verano es punto de modestas excursiones. Pero, también, a causa de temporales sorpresivos, algunos visitantes han tenido que quedarse allí durante uno o dos días viviendo la angustia de si el mar cubriría o no la isla. Durante los temporales de invierno, es batida reciamente por las aguas embravecidas que parecen querer hacerla desaparecer.

Dentro de la bahía de Montevideo se encuentra la isla llamada indistintamente Libertad o de las Ratas. Ha servido, primero, como polvorín en épocas de los españoles, y, actualmente, para depósito de combustibles. Parecería que por su situación podía hacer excepción a la intranquilidad propia de las restantes islas, pero las numerosas explosiones — cuando era polvorín — y los repetidos incendios en sus actuales depósitos de inflamables demuestran que ella también se asocia, con los medios a su alcance, a la ley general.

En el delta del Río Santa Lucía se en-

EN EL 52 ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL DOCTOR ALFONSO ESPINOLA

Vivió en permanente familiaridad con lo heroico. He aquí los dechados de santidad que la humanidad de hoy debería enaltecer para honrarse a sí misma y para aprender a superarse.

Dr. Francisco Alberto Schinca.

SIEMPRE hemos pensado que reverenciar la memoria ilustre de hombres que honraron con sus virtudes a la sociedad en que actuaron, implica, al mismo tiempo que la exteriorización de un reconfortante sentimiento de justicia, el ejercicio de un altísimo y noble magisterio.

Vidas como la del Dr. Alfonso Espínola, que se extinguió el 20 de julio de 1905, no pueden ser ignoradas por las generaciones sucesivas, a las que la ley inexorable del tiempo les escamoteó el deslumbramiento de un contacto personal y directo.

En lo que a mí se refiere, confieso haber contraído una deuda de gratitud con quienes me presentaron al Dr. Espínola, cincuenta años después de su muerte. La explicación es sencilla: cuando comprendemos que en algún momento y en algún lugar de la Tierra, alguien realizó el milagro de transformar su barro en cristal, al conjuro de una maravillosa aptitud para el pensamiento, para la acción y para el amor, la tendencia humana, natural y lógica, es la de tratar de acercar nuestra pequeñez a su grandeza. He ahí la esencia del noble magisterio a que me refería hace un momento.

No es mi propósito abarcar aquí la figura proteiforme de Espínola. La personalidad del sabio de vasta preparación científica y de ojo clínico sutilmente sagaz, con una finísima aptitud de sicólogo y con una entrañable vocación de amar al prójimo más que a sí mismo.

Del apóstol que, agotados los recursos de la ciencia, aplicaba, cual un personaje bíblico, el bálsamo de la palabra, dando al paciente la seguridad de su curación aunque no la tuviera, manifestándose alegre ante el cuadro sombrío, desviando la conversación hacia temas intrascendentes, aunque en su conciencia estuviese golpeando, despiadada, la angustia de un grave problema a resolver. Del ser maravillosamente dinámico que aún disponía de tiempo para enseñar ciencias y letras, dar clases de astronomía en la plaza pública, pronunciar arrebatadoras arengas patrióticas y fundar cátedras de conferencias e institutos de investigación científica.

Escapa a las posibilidades de un breve artículo la exégesis valorativa de personalidad tan compleja y múltiple. Me limitaré a señalar hitos luminosos de su magnífico tránsito, que han sido recogidos por la Historia, como mojones en los que Espínola dejó su alma, como una bandera desplegada al viento.

Corre el año 1878 y España nos envía desde sus Islas Canarias generosidad renovada a través de los siglos, uno de sus hijos mejores, un predestinado para las máximas consagraciones.

Cuando el Dr. Espínola llega a Montevideo tiene treinta y tres años. Alto, frente despejada, melena romántica y una mirada entre águila y paloma.

Sus valores intelectuales y morales y y hasta el prestigio ya difundido por los compañeros que le habían precedido, le aseguraban en la Capital de la República un triunfo amplio y total: científico y económico.

Pero Espínola no estaba conformado espiritualmente para las empresas fáciles. Sobre el mundano predominaba el misionero, sobre el hombre apegado a la tierra predominaba victorioso el santo con vocación de cielo.

Y un día, ante el asombro de sus amigos, se va silenciosamente de Montevideo, con una frase que hoy debe ser para los biógrafos de Espínola como el pórtico de su gloria: "Aquí no hago falta; hay muchos médicos. Me voy a Las Piedras que no tiene ninguno".

Y este es el momento de referirnos a lo que consideramos la materia prima, la esencia más sutil de la personalidad de nuestro personaje.

Nos enfrentamos al problema de la vocación. En la hora actual, problema pavoroso y angustiante de la Humanidad. Tan angustiante y vigente, que nos animaríamos a manifestar que hoy la sociedad universal padece por la trágica crisis de genuinas vocaciones.

La vocación es la tendencia al ejercicio de una determinada actividad, pero la vocación verdadera, casi ideal, es algo muy parecido al amor. Y el amor (lo sabemos por boca de algún poeta), consiste en el milagro de dar sin pedir. De este aserto, al corolario lógico a que quiero llegar, hay sólo un paso: Espínola fue un auténtico vocacional. No se dejó deslumbrar por el brillo fatuo de su profesión: prestigio social, bienestar económico. Se abandonó gustoso al embrujo de su contenido humano y quemó su vida generosamente en un ideal de amor y caridad. Por eso Espínola dejó Montevideo y se instaló en Las Piedras. Por eso y nada más que por eso.

Y por último, quiero referirme al episodio cumbre de su apostolado, al hecho casi legendario por el que le otorgamos sus admiradores, en la placa de una estela, la máxima jerarquía de "Héroe Civil".

Corría el año 1881 cuando la ciudad de Las Piedras se vio azotada por una terrible epidemia de viruela. Las gentes, reacias a la vacuna, facilitaban el desarrollo virulento del flagelo. Espínola, único médico de la población, se debatía angustiado. Eligió un lugar casi equidistante de los distintos focos de infección y allí se instaló, junto a unas higueras que aún existen, durante quince días y quince noches consecutivas. Fueron quince días sin descanso y quince noches sin sueño.

Nuestra poetisa Juana de América ha sentido en alguno de sus poemas piedad por las higueras, tal vez porque es este un árbol triste, desprovisto de galas coloridas y brillantes. Yo en cambio siento envidia por las ya famosas higueras de Las Piedras. Siento envidia porque fueron testigos presenciales de un espectáculo único y emocionante: el de un hombre maravilloso que protagonizó bajo sus copas rumorosas la epopeya de la ciencia y el amor unidos, en lucha titánica contra la enfermedad y la muerte. Como siento envidia también de aquellos varones generosos que formaron junto a Espínola su guardia de honor en las noches pavorosas y cuyos nombres acuden ahora a mi memoria: don Valentín Ataquistain, don Pilar Cabrera, don José María Castaño, don Julián Ercila, don Juan Martirena, don Manuel Luzárraga.

Al doctor Espínola se le hicieron homenajes en 1955 y 1956 en Montevideo, en San José, en Las Piedras. El más reciente fue el de Las Piedras.

Pero para que ese último homenaje sea completo, me permito sugerir que por lo menos un gajo de las higueras ya famosas arraigue junto al monolito, como un centinela privilegiado a quien el destino condecoró. Higueras que ya pertenecen a la Historia y que, se me ocurre, son la escala por la que, confundido con la tierra, trepa Espínola en cada primavera, para, vencedor de las tinieblas, asomarse nuevamente a la luz y con los brazos multiplicados de sus ramas, al ritmo del viento, bendecir al Uruguay, como demostración de que a las almas como la suya no les impide la muerte seguir amando hasta la consumación de los siglos.

Juan Carlos ***URTA MELIAN***

(Fotografía de Angel Fernández Abad).

(Especial para EL DIA)



"El Arbol de la Abnegación", que por iniciativa de Vicente Salaverri consagró la Junta Honoraria Forestal al Dr. Alfonso Espínola, en el cincuentenario de la muerte del médico filántropo.

---

cuentra la isla del Tigre que luce a la distancia su aspecto verde que corresponde a una ramazón impenetrable. Durante el invierno, cuando el viento sur sopla durante varios días seguidos, el río se hincha y las aguas baten esta isla de un modo que la hacen inevitable. Vemos cómo esta isla, no obstante no ser granítica, como las que hasta ahora hemos visto — ella se forma por el aluvión del río Santa Lucía — tiene los mismos caracteres de sus hermanas de piedra.

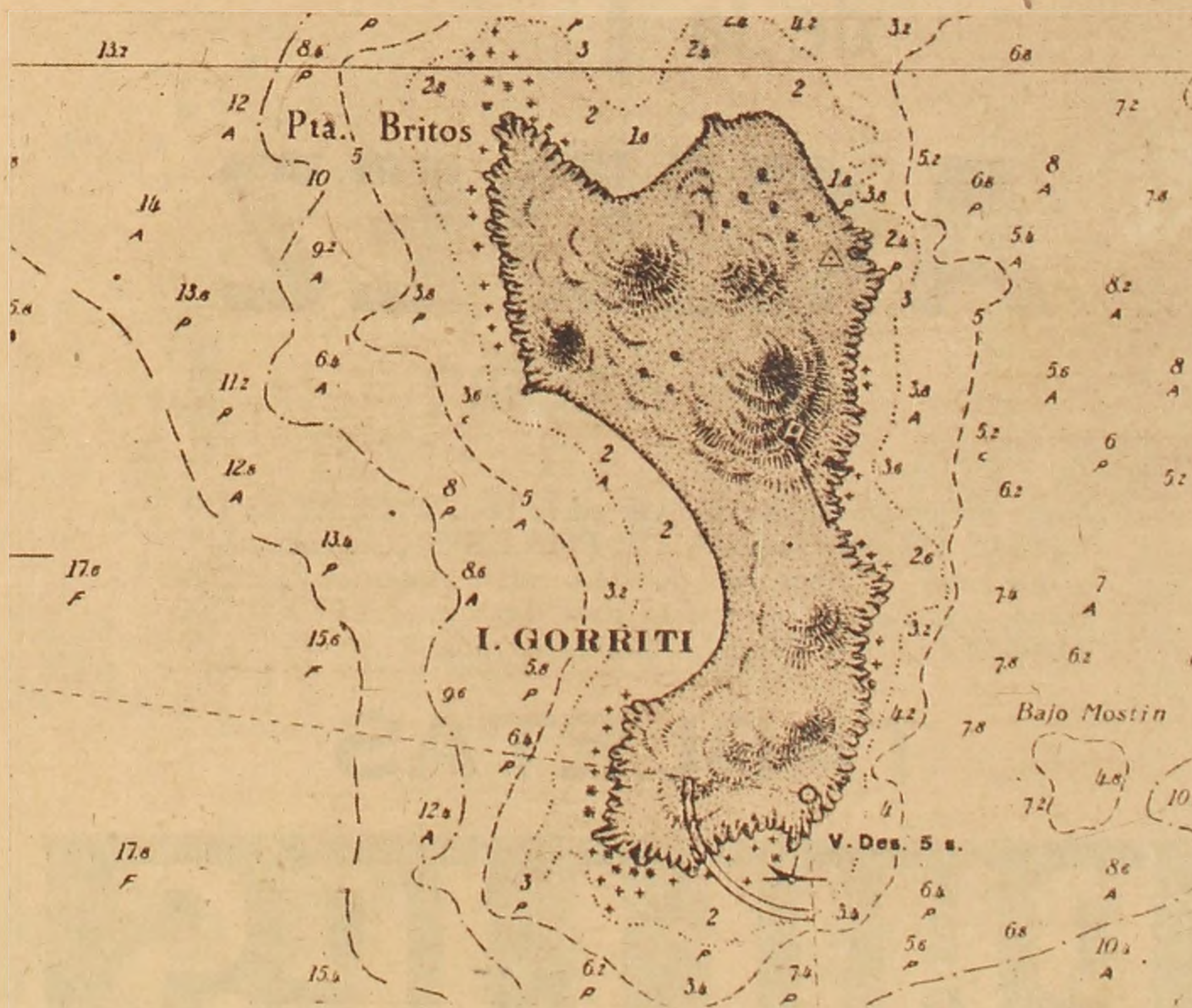
Las restantes islas del sur son las que están frente a las costas de Colonia: San Gabriel, Farallón, Martín García, Juncal, los Dos Hermanos. Las tres primeras son graníticas y con la misma aridez de sus hermanas del Este. Las restantes son formaciones de aluvión del limo de arrastre del Río Uruguay. Tienen una ancha capa vegetal que las hace fértiles, en especial, en naranjas como las islas del delta del Paraná con las que tienen naturalmente rasgos comunes. Son habitables y acogedoras. Y es que, realmente, no son islas del mar que bate nuestras costas sur. Tienen las características de las islas del río Uruguay. Hospitalarias, amables, tienen frutas, pájaros y flores. Son islas de tierra uruguaya, y no graníticas rocas oceánicas. En ellas reina la paz y la armonía. Son hijas de un matrimonio que se lleva como dios manda.

Digamos, para terminar, que aquellas islas situadas a lo largo de los quinientos kilómetros de nuestra costa sur son ignoradas casi por completo por los uruguayos. Muy pocos montevideanos han llegado a la isla de Flores y buena parte de ellos lo han hecho contra su voluntad. Conocemos personas nacidas en Punta del Este que no han ido una sola vez a Gorriti. Parecería que, en el presente, el Uruguay vive como si no supiera que en su mar existen islas. Como se ve, no puede pedirse mayor despreocupación por la suerte de sus vástagos.

Y es que, realmente, hay días en los que el Río de la Plata se convierte por su fuerza brutal, su bravura indómita y su impenetrabilidad, en una verdadera selva sudamericana con todo el dramaticismo, su vigor y hasta los duendes que pueblan las marañas. Alguien podría suponer que nuestro país, lejos del trópico, de las alturas cordilleranas y de los bosques enormes, no tiene los rasgos americanos propios de los ríos, las alturas y las selvas de nuestro continente. Y se equivoca. No pensaría así si hubiera tenido que permanecer sobre un barco fuera de la rada durante un temporal sudoeste que puede durar tres o más días, si fuera detenido por la niebla que enfunda a los faros y los cabos y venda los ojos de los navegantes, si estuviera a bordo de un pontón sacudido días y días por el huracán. Y es que nuestro Río de la Plata es un río americano con todo el vigor, el misterio y los duendes propios de nuestro continente.

Isidro ***MAS DE AYALA***

(Especial para EL DIA)



Isla de Gorriti.

INFORMACION GRAFICA





Martín Rivero Chiappe. Hoy 28 de julio, se cumple el primer aniversario de su fallecimiento.

Regresó de Europa el Gerente Administrador de nuestro diario, Sr. Luis Franzini, que aparece en compañía de sus familiares, compañeros de esta casa, y amigos que concurrieron a recibirlo en el Aaeropuerto Nacional de Carrasco.



Presentó cartas credenciales al Presidente del Consejo Nacional, el nuevo Enviado Extraordinario del Japón, señor Nobuyuki Okuma.



En la Escuela Nº 90, de 2º Grado, y por iniciativa de la Directora, Sra. Ema M. Vidal de Godoy, se ha organizado un club denominado "El Chunrinche", que se inauguró con un hermoso acto artístico.



Vistosos cuadros regionales se realizaron en el festival de Hermandad Uruguayo - Gallega, realizado en el Palacio Peñarol.



Escolares en la ceremonia inaugural de la Casa Colectiva Nº 8, perteneciente al bloque levantado en Avda. Instrucciones y Camino Propios.

EDGAR RICE BURROUGHS'

Tarzan®

TARZÁN ASINTIÓ EN AYUDAR A SUS COMPAÑEROS EN LA BÚSQUEDA DE LA SOBRINA DE WALTER, KATHY KAYE...

CAUTELOSAMENTE, EL GRUPO COMENZÓ A ATRAVESAR ÚNA SALVAJE Y ESPESA REGIÓN.











CAPURRO & Co.

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.

tradicional... consagrada...

como la más conveniente, llega otra vez nuestra

GRAN VENTA BALANCE



SECCION NIÑOS

(1) Campera en punto de lana, diversos colores. Talles 10 al 16 $7.50, 4 al 8 **$ 6.50**

Camisón en algodón interlock con detalles satinados. Talle 2 **$ 5.80**
(Aumenta $0.40 por talle)

GRAN OFERTA: Zoquetes de algodón mercerizado, bonita fantasía en diversos tonos. Talles 1 al 12, el par **$ 0.95**

Pantalón polaina en abrigada franela de lana. Talles 1 y 2 **$ 8.00**
(Aumenta $0.70 cada 2 talles)

(2) Sobretodo en paño fantasia de gran calidad, todo forrado. Talle 4 **$ 25.00**
(Aumenta $1.60 por talle)

(3) Chaleco para varón en punto francés, variados colores. Talle 2 **$ 3.20**
(Aumenta $0.60 por talle)

Camiseta manga larga para niña en fuerte algodón interlock. Talles 10 al 16 $3.40, 2 al 8 **$ 2.80**

SEC. ART. PARA EL HOGAR

(1) EXTRAORDINARIO: Frazadas de pura lana motivò escocés. Para 2 plazas $45.00, para 1 plaza **$ 30.00**

CHINZ AMERICANO; variedad de gustos y colores. Ancho 1.00, el metro **$ 2.50**

Toallas blancas, ojo de perdiz. Recomendable calidad, tamaño amplio, c/u **$ 1.80**

Telas para cortina; color ocre, imitación filet. Ancho 0.70, el metro **$ 1.40**

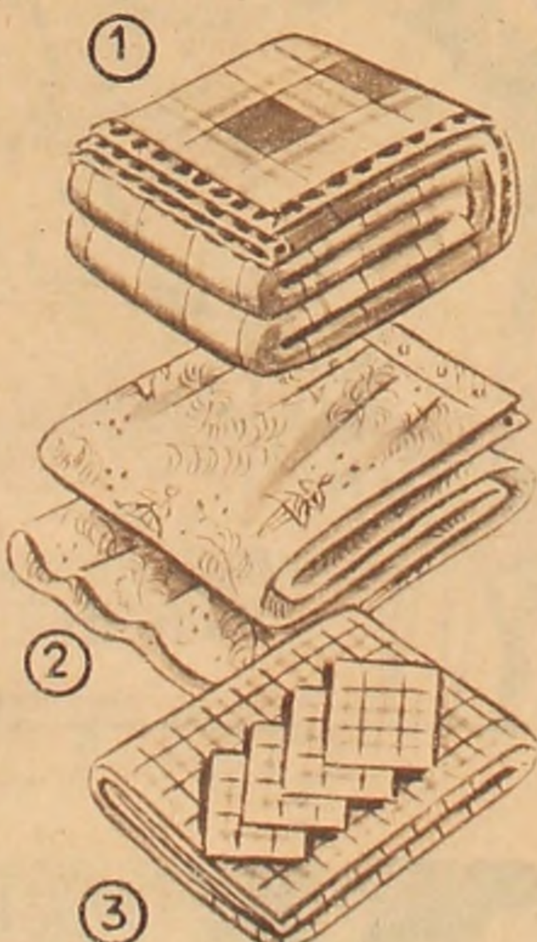
Servilletas para mesa, blancas y de color. Tamaño práctico, c/u **$ 0.65**

(2) Cortinas para baño de nylon americano, gran variedad de gustos. Medida 1.80 x 1.95, c/u **$ 10.50**

(3) Juegos de mantel para te, modernos diseños y alegres colores. Medida 1.00 x 1.00 con 4 servilletas, el juego **$ 4.50**

Lino labrado en colores lisos de gran actualidad, para decoraciones modernas. Ancho 1.30, el metro **$ 4.80**

Acolchados, para 1 y 2 plazas. Todo el surtido con 20°/₀ de descuento.





SECCION BAZAR

Juego de plato y taza, para desayuno, en vidrio transparente, c/u **$ 0.75**

Limpia vasos en plástico, muy práctico e higiénico, c/u **$ 0.85**

(1) Alhajero de loza importado, color bordó, con tapa en bonitos colores, c/u **$ 3.20**

(2) Floreros de porcelana importados con aplicaciones en oro, alto 13 cmts. c/u **$ 4.80**



SECCION FANTASIAS

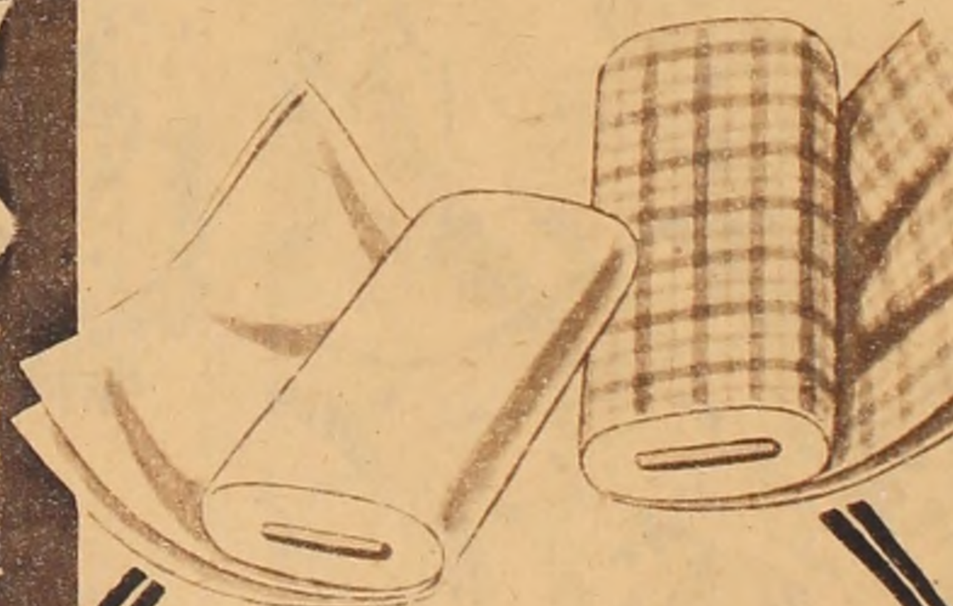
Fantasías importadas: Clips, prendedores, collares, pulseras. Gran surtido con 20°/₀ de descuento.

(1) Guante de algodón para señora todo talle. Un gran surtido. El par $3.00, $2.00 y **$ 0.95**

(2) Medias de nylon, grandioso surtido en todo talle y color a precios excepcionales. El par $3.80, $3.25 y **$ 2.75**

(3) Carteras de señora en cuero distintos modelos, c/u $12.50, $9.50 y **$ 6.50**

20% DE DESCUENTO EN PAÑOS TAPADOS, ARTICULOS de PUNTO, para Damas, Caballeros y Niños. FANTASIAS, ACOLCHADOS, RETAZOS.



SECCION TEJIDOS

FIRMELVA ESTAMPADA, gran variedad de diseños garantidos al lavado. Ancho 0.85, el metro **$ 2.80**

GENERO DE LANA escocés en vistosos coloridos. Ancho 0.75, el mt. **$ 3.80**

GIVRINA de lana y seda en delicados colores para vestidos y chaquetas. Ancho 1.00, el metro **$ 4.50**

GRAN SALDO DE PAÑOS: Tweeds, Escoceses y Fantasia en amplia selección de labrados y colores. Ancho 1.40, el metro **$ 6.80**

VIGORET DE LANA peinada melangé en todos los colores. Ancho 1.35, el metro **$ 7.80**

DUVETINES JASPEADAS, PAÑOS ESCOCESES Y FANTASIA de gran moda. Ancho 1.40, de $18.50 y $15.50 ahora a, el metro **$ 9.50**

PELO DE CAMELLO de regia calidad. Ancho 1.40, el metro **$ 11.50**

TWEED el paño del momento en labrados exclusivos. Ancho 1.40, el metro **$ 14.50**



SECCION SEÑORAS

(1) Tapados en varios modelos y tonos de actualidad **$ 48.00**

(2) Buzo en punto de lana, colores del momento **$ 10.50**

(3) Camperas en punto de lana, variedad de labrados y colores **$ 9.80**

Saco en punto de lana, diversos motivos y colores. Talles 46 al 52 **$ 16.50**

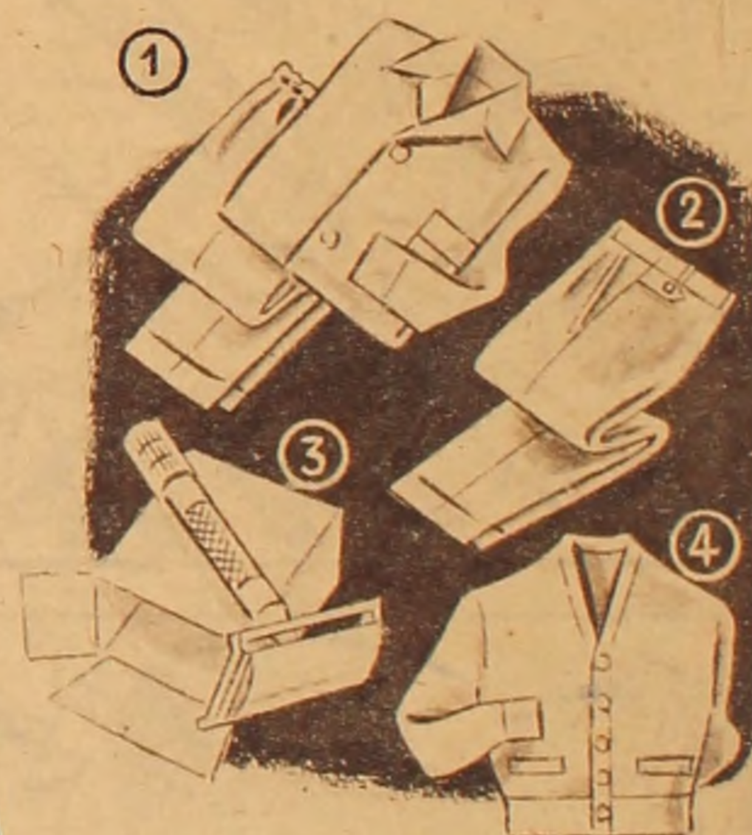
Pollera de corte moderno en género de lana **$ 10.80**

Faja elástica en algodón y seda **$ 3.00**

Camisón en interlock o afelpado, dos modelos con un precio atrayente **$ 9.00**

Camiseta manga larga en excelente algodón interlock. Talles 44 al 52 **$ 3.80**

(4) Delantal en algodón de tonos lisos, adornado con picot **$ 3.30**



SECCION HOMBRES

(1) PIJAMA DE FRANELA DECATIZADA, buena calidad, colores beige, celeste y gris. Talles 44 al 60 **$ 17.50**

Camiseta y calzoncillo afelpado, color beige. Talles 36 al 42, la pieza **$ 4.95**

(2) Pantalón en paño de lana esmerada confección. Talles 80 al 132, c/u **$ 16.50**

(3) Máquina de afeitar procedencia "Sueca" en metal niquelado, c/u **$ 1.60**

(4) Cardigan en pura lana tejido interlock, variedad de tonos, c/u **$ 15.00**

Calcetin en lana fantasia calidad extra, el par **$ 2.25**

Bufandas de lana colores tostado, gris y beige, c/u **$ 2.80**

SUCURSAL GOES
AV. Gral. FLORES 2341
esq. MARC. BERTHELOT
Tel. 24200-24300-24400

CASA MATRIZ
AV. AGRACIADA 2302
esquina Marcelino Sosa
Tel. 20 09 61

SUCURSAL CORDON
AV. 18 de JULIO 1601
esquina Carlos Roxlo
Tel. 40 41 11